

ALMA REBELDE

(JANE EYRE)

Orson
Welles

Joan
Fontaine

Obsequio de la
Hispano Foxfilm
S. A. E.



EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Paseo de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

Alma Rebelde

(Jane Eyre)

Vigoroso asunto sentimental, basado en la magnífica novela de
CHARLOTTE BRONTE

Guión de

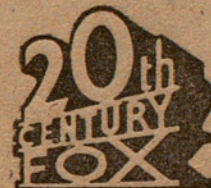
ALDOUS HUXLEY, ROBERT STEVENSON

y

JOHN HOUSEMAN

Productor WILLIAM GOETZ Director ROBERT STEVENSON

Es un film



LA MARCA DE LOS MÁXIMOS TRIUNFOS

Distribuido por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Barcelona

REPARTO

Edward Rochester	Orson Welles
Jane Eyre	Joan Fontaine
Adela	Margaret O'Brien
Jane (niña)	Peggy Ann Garner
Dr. Rivers	John Sutton
Bessie	Sara Allgood
Brocklehurst	Henry Daniell
Señora Reed	Agnes Moorehead
Coronel Dent	Aubrey Mather
Señora Fairfax	Edith Barrett
Señora Ingram	Barbara Everest
Blanca Ingram	Hillary Brooke
Gracia Poole	Ethel Griffies
Le	Mae Marsh
Mason	John Abbott

y

Eily Malyon - Mary Forbes - Thomas Loudon
Ronald Harris - Charles Irwin

Argumento narrado por
 Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Vda. I. Ferrer Coll :: Valencia, 197 :: Barcelona

ALMA REBELDE

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Me llamo Jane Eyre. Nací en 1820, una época de transición harto difícil en Inglaterra. El dinero era entonces lo único que contaba; y con el dinero la alta alcurnia social. La caridad y el amor al prójimo eran cosas desagradables y desconocidas: la religión era la máscara tras la cual se escondían la hipocresía y la maldad. No había lugar adecuado para los pobres, para los desheredados, para los parias... Y yo no tenía ni padres, ni hermanos, ni dinero, ni posición social...

Siendo niña, vivía con mi tía, la señora Reed, en Gateshead Hall. No recuerdo que jamás sus labios pronunciaran una palabra de cariño o de piedad que a mí fuera dirigida.

Las fiestas tradicionales, Navidad, Año Nuevo, se celebraban en casa de mi tía con toda solemnidad; se cambiaban regalos; se daban grandes banquetes; se recibía a todas las amistades y se daban conciertos y veladas magníficas. Pero mi participación en aquellas fiestas era nula, puesto que se reducía a ayudar a vestirse a mis

primas Elisa y Georgina y verlas bajar al salón envueltas en sus lazos y tules, en sus muselinas y sus encajes, con sus cabezas llenas de rizos y adornos como dos pájaros exóticos. Y luego escuchar desde arriba los ecos del piano o del arpa que llegaban a mí, apagados por la distancia...

* * *

Navidad...

Jane había sido castigada severamente por una falsa acusación de unos de sus primos, y había pasado la tarde encerrada en el desván, apretujada entre los muebles y cosas inútiles allí hacinados. Cuando, por orden de la señora Reed, fueron los criados a abrirle la puerta, el ayuda de cámara advirtió al ama de llaves:

—Ten cuidado, Bessie... ¡muerte!

Jane envolvió con su mirada de una ingenua hosquedad al que acababa de pronunciar aquellas palabras, y no se movió del lugar donde estaba, temerosa de que, en efecto, fuera a morder, puesto que

todo el mundo decía que ella era mala y que todos le tenían miedo, como se tiene miedo a un perro rabioso.

—¡Vamos, salga de ahí!— gritó el mayordomo severamente—. La señora Reed la reclama al salón.

La niña se levantó y, tímidamente, salió de su escondrijo sin atreverse a avanzar, temerosa de que cualquier paso, cualquier gesto, cualquier mirada, pudiera despertar las iras de todos los que la rodeaban y se viera de nuevo encerrada en aquel cuartucho, ella que amaba tanto la libertad.

Sólo los ojos de Bessie, la buena ama de llaves, la alentaron dirigiéndole una mirada llena de dulzura.

—Vamos, Jane, llama a la puerta del salón. Tu tía te espera.

Jane avanzó y dió con sus nudillos en la puerta.

—¡Adelante!— contestó la voz seca y dura de la señora Reed.

Jane entró. Sus piecitos parecían no querer ni rozar la alfombra, todo su gesto era de intenso deseo de pasar inadvertida, de que nadie se fijara en ella, de que la dejaran en paz. Pero la señora Reed, que estaba hablando con un caballero, dijo a éste, presentando a la niña:

—Esa es la chiquilla de quien le

estaba hablando, señor Brocklehurst. Es hija de una hermana de mi difunto esposo. Es el fruto de una unión desventurada que en la familia ha procurado olvidarse. Durante algunos años la niña ha vivido aquí, conmigo...

El señor Brocklehurst miró a la niña con unos ojos glaciales, duros, implacables, y murmuró:

—Por lo que veo, no ha sabido agradecer todo lo que en esta casa se ha hecho por ella. Ven acá, nena. ¿Cómo te llamas?—le preguntó, sin cordialidad, con un acento que llenaba de espanto el corazón de la pequeña.

—Jane Eyre, señor.

—Bien, Jane Eyre... ¿Eres una niña buena?

—¡Mejor será no hablar de este asunto!— interrumpió la señora Reed con acritud—. Esta mañana, sin ir más lejos, ha golpeado brutalmente a su primito sin provocación alguna, sin que entre ellos hubiera habido discusión, sólo por el placer de golpear.

—¡No es verdad!— se defendió Jane con un gesto arrogante, lleno del sentimiento de la justicia—. ¡Fué él quien me pegó a mí primero!

—¡Silencio!... John, querido— dijo la señora Reed dirigiéndose a su hijo, un muchacho de la misma

edad aproximadamente de Juana, gordo, comilón, de mirada aviesa, mimado, antipático, gruñón, que replicó, sin dejar de masticar las golosinas que su madre constantemente le daba:

—Yo no le he pegado. Ha sido ella quien me pegó a mí.

—¡Mentira! Fuiste tú quien me pegó... y tú sabes perfectamente que yo sólo me defendí. Y tú me arrojaste al suelo y me diste un golpe en la cabeza y me empezó a salir sangre...

—Yo no hice semejante cosa— replicó el niño con flema.

—¡Lo hiciste, sí, señor, lo hiciste!— gritaba Jane, defendiéndose, queriendo imponer la verdad, pues lo que más la sublevaba, lo que no podía sufrir, era la injusticia y, sobre todo, la mentira.

—¡Silencio!— ordenó la señora Reed—. No quiero escuchar tus odiosas mentiras, Jane. Ya ve usted, señor Brocklehurst, lo apasionada y perversa que es esa chiquilla.

—Sí, ya veo que tiene un temperamento rebelde... Ven aquí, Jane. Vamos a hablar los dos con calma. No hay nada tan feo y deprimente como una niña con malos instintos. ¿No sabes dónde van los niños malos cuando se mueren?

—Van al infierno—replicó Jane

en tono dulce, bajando los ojos apesadumbrada.

—¿Y te gustaría quemarte en el fuego eterno del infierno?

—No, señor.

—¿Qué debes hacer, pues, para evitarlo?

—Procurar no ponerme nunca enferma para no morirme—contestó Jane con candorosa ingenuidad.

—Pero niñas más pequeñas que tú mueren cada día. La muerte llega en el momento en que menos se piensa... El otro día enterramos a una nena que sólo tenía cinco años. Una niña buena cuya alma voló al Cielo. ¿Qué sería de tu alma, Jane, si murieras en este momento?

—Creo que también volaría al Cielo, porque yo no he hecho nada para ir al infierno.

—Eso es lo que tú crees, niña; pero las personas mayores que te conocen a fondo, no piensan así, ¿verdad, señora Reed?

Y ante el asentimiento severo y duro de la señora de la casa, el caballero continuó:

—¿Has oído hablar de Lowood? Es un colegio para niñas huérfanas como tú. ¿Te gustaría ir allí?

—¿Quiere usted decir que... que no seguiré viviendo aquí? No sé si mi tía querrá...— murmuró Jane, sonriendo ante la sola idea de poder abandonar aquella casa en la

que se sentía sola, espantosamente sola y desgraciada.

—La señora Reed es la que ha sugerido ese plan. ¿Te gustará ir a la escuela?

—Sí, señor — replicó Jane con sincera alegría.

—Bien, has elegido lo mejor, ya que en Lowood tu corazón de piedra se ablandará y tus malos instintos serán vencidos.

Jane sonrió. No tenía el corazón de piedra ni tenía malos instintos. Lo único que necesitaba era amor, ternura, ese algo maravilloso y único que necesitan los niños: la ternura de una madre, las caricias y los cuidados de aquellos que saben querer y comprender a los niños. Y Jane, en su instinto infantil, creyó que todo aquello que no había encontrado al lado de su tía, lo hallaría en la escuela de Lowood.

Fué Bessie la que la ayudó a vestirse, la que le hizo su pequeño equipaje y la que, llevándola de la mano, la bajó al vestíbulo y la condujo hasta el coche que aguardaba en la puerta de la casa.

—Bessie... Bessie...—decía Jane, en un susurro, mientras andaba con sus pasitos menudos y ligeros al lado de la vieja criada—. ¡Nunca pude soñar que un día me marcharía de esta casa!

—¿Y estás contenta? ¿No te da

pena separarte de tu pobre, de tu vieja Bessie?—preguntó el ama de llaves que estaba muy encariñada con aquella niña dulce y buena que tantas horas de compañía le hacía en su soledad de anciana sirvienta.

—¡Pero qué te importo yo, Bessie! Siempre me riñes, siempre me castigas, como los demás... Estarás más tranquila sin mí...

—Pero, ¿no me darás un beso de despedida?

—Sí, Bessie, un beso y un abrazo y te deseo toda clase de dichas —dijo la niña, echándole los brazos al cuello y besándola efusivamente.

—¡Oh, Jane! Eres una chiquilla tan esquiva, tan extraña, tan hueraña... Toma, te regalo este broche, para que así, siempre que lo veas, te acuerdes de mí—dijo Bessie, clavando en el vestido de la nena un broche antiguo que ella había heredado de su madre—. Sé siempre muy buena... y ya verás como así serás feliz.

—¡Gracias, Bessie! ¡Siempre me acordaré de ti! ¡Adiós!

Volvió a abrazarla y se dirigió la niña hacia el carruaje que la esperaba, pero antes de cerrar tras sí la pesada verja del jardín, se encarró con aquella casa en la que había sufrido tanto y gritó con todas las fuerzas de su corazón dolido:

—¡Adiós, señora Reed! ¡La odio, la odio con todo mi corazón y odio todo cuanto la rodea! ¡Jamás volveré a verla! ¡Y cuando sea mayor nunca volveré a llamarla "tía"... nunca, en todo el resto de mi vida! ¡Y si alguien me pregunta si ha sido buena conmigo le diré que es usted la mujer más mala que he conocido, que no tiene usted corazón y que sólo verla ya me causa repugnancia!

—Vamos, vamos, Jane, date prisa—le gritó el cochero, ayudando a la niña a montar en el carricoche, haciéndole un lugar a su lado para que la chiquilla no tuviera tanto frío y tapándola con su propia manta.

Arrebujada al lado del cochero, la chiquilla dejaba divagar su imaginación, expresando en palabras sencillas todos sus sueños:

—En el colegio aprenderé dibujo y música y lecciones de francés y de historia y de geografía... y sabré muchas cosas... y tendré centenares de amigas y todas me querrán y jugaré con ellas a las horas de recreo y nos divertiremos mucho...

El cochero, sintiendo una gran compasión por aquella criatura que soñaba tan alto, la abrazó suavemente, la arrulló y procuró que se durmiera para que sus bellos sue-

ños siguieran acariciando su espíritu infantil y no se diera cuenta de lo que era Lowood hasta que él ya estuviera lejos, puesto que no la podría arrancar de allí y no se sentía con valor de ver en las pupilas de Jane la enorme decepción que había de producirle aquel lugar al que con tanta ilusión ansiaba llegar.

Llevándola en brazos, completamente dormida, la entregó a la persona que salió a recibir a la pequeña huérfana que iba a engrosar las filas de seres desventurados acogidos a aquel lugar benéfico, regido por el más severo y duro de todos los directores.

Dormida en el más apacible de los sueños penetró en aquel lugar donde había de despertar, a la mañana siguiente, para encontrar desvanecidos todos sus ideales. En lugar de la escuela que la niña había soñado se encontró en un lugar que más parecía una prisión lúgubre y maloliente, dirigido por el más frío e implacable y cruel de todos los seres humanos, por aquel señor Brocklehurst al que la señora Reed había confiado el cuidado y la educación de un alma sensible y delicada como la de Jane.

La niña despertó en el frío dormitorio, al lado de sus demás compañeras, a quienes no conocía.

Brincó de la cama, viendo que las demás obedecían con aquel gesto a una llamada brusca y fué a lavarse, como lo hacían las otras, en unos lavabos diminutos en los que apenas cabía la mano. Hizo cuanto vió hacer a las demás y, como ellas, ocupó su puesto en la formación para que pasara revista el director.

El señor Brocklehurst paseó su mirada por todas las niñas que estaban confiadas a él y se detuvo unos momentos ante Jane. Luego, cruzando las manos a la espalda, se dirigió al grupo de chiquillas con estas palabras:

—¡Contemplad todas a la nueva compañera que está con vosotras! Es una niña, como vosotras, una niña sin ningún signo exterior que llame la atención: tiene la proporción adecuada a su edad, no hay deformidad alguna en su cuerpo ni en su rostro, todo parece en ella normal... ¡Pero en ese cuerpo está albergado el mismo demonio! Esta niña está dominada por el espíritu del mal y el demonio ha hecho de ella su sierva absoluta. Por esto os advierto, para que estéis siempre en guardia. No sigáis sus ejemplos. Evitad su compañía. Excluidla de vuestros juegos y apartadla de vuestras conversaciones... ¡Y ustedes, señoritas profesoras, observen siempre a este ser endiablado cuya

vigilancia nos ha sido confiada! Pese a sus palabras, escudriñen todos sus actos, castiguen y maceren su cuerpo, si es preciso, con tal de que logren salvar su alma. Y sepan todas ustedes que esta niña, nacida en un país cristiano, educada entre cristianos, no es mejor que esos desventurados niños que nacen en tribus salvajes. ¡Esta niña es una embustera!

Jane bajó la cabeza, humillada. No era verdad, no era verdad lo que estaban diciendo de ella. Ella jamás había mentado. Pero no tuvo valor para gritarlo así, como hacía en casa de su tía, porque se veía rodeada de rostros extraños y hostiles y, por primera vez en su vida, sintió la sensación del miedo.

—Hoy sufrirá su castigo. Permanecerá aquí, en esta estancia, subida en este taburete, para que tenga tiempo de reflexionar y de arrepentirse. Que nadie se acerque a ella. Que nadie le hable. Que durante todo el día permanezca sola con sus pensamientos... ¡Y ahora, ya pueden retirarse!

Las niñas, precedidas de las profesoras y seguidas del director, abandonaron la habitación, dejando sola a la pequeña Jane que permanecía quieta en su puesto, rígida como una estatua, sintiendo sobre ella todo el peso de la amargura de

vivir, todo el dolor de la injusticia humana.

Unas horas más tarde, después de la comida, escabulléndose entre las sombras, medrosa, pero decidida, llegó hasta Jane su vecina de cama y de mesa, la dulce y encantadora Elena, que se acercó a la niña sonriéndole llena de simpatía y cariño.

—Mira... te he traído el pan que me han dado a mí para comer. Debés tener mucha hambre—le dijo.

—¿Pero no has oído lo que han dicho de mí?—replicó Jane en voz muy baja—. Han dicho que no había nada que hacer conmigo, que estaba irremisiblemente perdida, que os podía contagiar a todas sólo con mi presencia.

—Vamos, no seas tonta. Toma el pan y cómelo. Todo eso lo dices porque tienes gana — dijo Elena, animándola.

—No soy mala... te prometo que no soy mala. ¡Pero le odio!—murmuró Jane, en voz baja, mordiendo sus palabras con los ojos llenos de lágrimas y el corazón repleto de amargura—. ¡Le odio! ¡Le odio!—repetía una y otra vez, pensando en el director, que la trataba con tanta injusticia y tanta crueldad.

—Es malo odiar a nuestros semejantes—dijo Elena con acento de dulce reproche.

—¡No lo puedo remediar! ¡Le odio! Cuando me dijeron que me traerían al colegio creí que un colegio era un lugar ideal, donde todos me querrían. Yo necesito que me quieran, Elena, porque nunca me ha querido nadie, y necesito que crean en mí y que sean buenos conmigo. ¡Me dejaría cortar un brazo si encontraba a alguien que me quisiera! ¡O dejaría que un caballo me pisoteara, o que un perro me mordiera!...

—No digas esas cosas, Jane—suplicó Elena, sobrecogida de espanto.

—¡Pero... es que es verdad... es verdad! ¡Ah, si yo encontrara a alguien que me quisiera! — exclamó Jane, con un sollozo contenido en su garganta infantil.

—Vamos, come. Tienes debilidad y todo lo ves más negro. Come el pan que te he traído...

Desde aquel día una entrañable amistad unió a las dos niñas. Jane y Elena estaban juntas todos los ratos que les permitía el rígido régimen de la escuela y, cuando no estaban juntas, desde lejos, con una mirada o con una sonrisa se comprendían y se animaban a seguir soportando la pesada carga de una vida que ellas no habían elegido.

En el comedor, en el dormitorio,

en el patio de recreo, en las duras tareas que algunas veces tenían que hacer, Jane y Elena se buscaban y se encontraban, porque las dos habían hallado una en la otra aquella ternura maternal de que estaban sedientos sus corazones infantiles.

Una mañana, cuando estaban recogiendo la ropa del tendedero, Jane se quedó mirando, soñadora y lejana, la carretera que se perdía en el vasto confín del horizonte, aquella carretera que invitaba al viaje, a la huída, a la marcha por caminos que fueran muy lejos, muy lejos, y de los que una no tuviera que volver.

—¿Hasta dónde lleva ese camino? — preguntó, extasiada ante la perspectiva del amplio horizonte.

—Te lo he dicho muchas veces— replicó Elena, riendo—. Lleva hasta Brackford, y luego a Derby, y supongo que después se encuentra Noottingham... y luego Londres...

—...y de Londres a Dover, y de Dover, cruzando el mar, a París... y a través de las montañas, a Italia, Florencia... Roma... Madrid... — murmuró Jane, arrebatada por sus propios sueños

—Pero Madrid no está en Italia — corrigió Elena, que tenía el número uno en geografía.

—¡No importa! Pero ese camino conduce a todas partes... y yo lo

seguiré un día, cuando sea mayor. Vendrá a buscarme un coche arrastrado por soberbios caballos... y yo iré envuelta en pieles para no sentir el frío... y llevaré la cabeza llena de rizos, como los tuyos. Y entonces habré ya leído todos los libros que no puedo leer ahora, y sabré tocar el piano y hablaré el francés tan bien como tú. ¡Y seré feliz corriendo todo el vasto mundo!

—¿Otra vez soñando, Jane? — preguntó una voz varonil, bien conocida de las dos niñas, porque era la única voz que se dirigía a ellas con cariño, comprensivamente, tiernamente, compadecida de los sufrimientos de aquellos seres desdichados, abandonados de todo el mundo, azotados por la crueldad de la vida y de los hombres.

Las dos niñas se volvieron presuntamente, sonriendo dichosas:

—¡Doctor Rivers!—exclamaron a un tiempo, haciendo una graciosa reverencia.

El doctor era un hombre joven, apuesto, simpático, comprensivo, que había simpatizado mucho con Jane, aquella niña hosca y seria que soñaba en algo inaccesible: en el amor de los hombres, y sólo se había encontrado con una dura realidad: su crueldad despiadada.

—Sí, el doctor Rivers, que viene

a hacer la visita de inspección... ¡Y yo sé que dos alumnas de Lowood van a llegar hoy tarde a la visita!

—replicó el médico, riendo.

—¡A que no!... ¡Llegamos antes que usted!—gritaron las dos niñas, mientras echaban a correr con toda la fuerza de sus piernecitas, para adelantar al médico, que retrasó su paso para darles tiempo de tomarle una notable ventaja y que no incurrieran en falta.

El doctor Rivers hacía semanalmente su visita de inspección a la escuela y cada visita suscitaba entre el director y él largas polémicas y discusiones, porque los métodos de Brocklehurst no convencían ni encontraban la aprobación del joven doctor, cuya comprensión hacia la infancia era bien notoria.

Cuando el médico llegó a la escuela ya estaban todas las niñas formadas, dispuestas a mostrar la lengua y la garganta al doctor, y éste las fué revisando una a una detenidamente y para cada una de ellas tuvo una palabra de cariño y de ternura. Cuando llegó frente a Elena la auscultó detenidamente y luego le dijo, dándole unas palmaditas en sus pálidas mejillas:

—Hay que cuidar esa tosecilla impertinente, Elena... hay que cuidarla...

—Sí, señor—contestó la niña, sin

comprender bien toda la gravedad que contenía aquella advertencia.

Cuando Rivers habló a solas con Brocklehurst, le dijo en tono severo:

—Este edificio es insano, terriblemente frío y húmedo para esas chiquillas. Debería sanearlo, poner algo que caldeara su atmósfera en estos días crudos de invierno y no tener abiertas todo el día las ventanas. Puede acarrear serias enfermedades en esas naturalezas no demasiado fuertes...

—Tenemos aquí a las niñas no para que refuercen sus cuerpos, sino para que fortalezcan sus espíritus, y sólo en el sacrificio y en la austeridad puede el espíritu hallar su propia fortaleza.

—No sabía que una tos pernicioso, mal cuidada, pudiera ayudar a la salvación de nuestra alma—replicó Rivers, con amarga ironía—. Pero no soy más que un médico... y no es raro que ignore esas cosas del alma que usted conoce tan bien. ¡Buenos días!

El doctor Rivers salió y Brocklehurst abrió de nuevo, de par en par, todas las ventanas de la clase, sin hacer caso de una advertencia que se atrevió a insinuar una de las profesoras y que murió a flor de labios, cortada en seco por una frase adusta del director.

Al día siguiente, cuando el director revisaba, en su diaria supervisión de todo el pensionado, a las niñas que esperaban con el corazón asustado y temeroso el visto bueno de aquel hombre que las tenía aterrorizadas por sus modales bruscos y sus palabras insultantes y sus castigos severos, Brocklehurst se detuvo ante Elena y la miró larga y detenidamente. La pequeña resistió la mirada conteniendo la respiración. Estaba encantadora con sus pálidas mejillas, sus grandes ojos negros, brillantes de calentura, y los rizos espesos y sedosos que le caían sobre la frente y se le desbordaban por sobre los hombros y le cubrían la espalda en una cascada magnífica.

—¡A ver, una tijera! — pidió Brocklehurst, severo—. ¿Por qué esa niña conserva su pelo largo? Es contra todo principio del reglamento, que impone cortar el pelo a cuantas alumnas ingresan en la escuela. ¿Por qué se consiente a esta niña lucir sus rizos, complaciendo así su vanidad y su orgullo?

—Tiene el pelo rizado naturalmente y no...—murmuró la profesora, más intimidada aún que la niña.

—¿Cuántas veces tengo que decir que aquí estamos no para dar gusto a la naturaleza, sino para

vencerla? ¡Quiero que todas estas niñas se eduquen en el sacrificio y en la gracia de Dios!... ¡Hay que cortar el pelo a esta niña, para que su vanidad no crezca, como crecen sus rizos!—dijo, empuñando la tijera y cogiendo la magnífica mata de pelo de Elena, que no se atrevía a moverse ni a protestar.

Pero la voz de Jane, airada, severa, implorante, temblorosa de indignación, se elevó en medio del más sepulcral silencio:

—¡No, no, no... por favor! ¡No se lo corte! Córteme el mío a rape, si quiere, pero deje los rizos de Elena...

—¡Silencio!—gritó Brocklehurst, furioso—. ¡Este es el espíritu que reina en Lowood desde que tú has entrado aquí! ¡Vanidad y rebelión! ¡Le cortaré el pelo y nunca más se lo dejaré crecer!... ¡Nunca más! Y como escarmiento recibiréis las dos ejemplar castigo.

El castigo fué "ejemplar". Las obligó a pasear alrededor del pozo que había en medio del patio, llevando cada una un enorme letrero en el que se leían estas dos palabras: "Vanidad"—"Rebeldía". Y así, bajo un fuerte aguacero helado, las dos niñas, con el pelo cortado por una tijera inexperta, daban vueltas y vueltas con paso tardo, cansadas, rendidas por la fatiga, ateridas, con

los piecitos amoratados por la humedad, soportando resignadamente aquella pena, puesto que les permitía cumplirla estando juntas las dos. Cuando podían, sus ojos se encontraban, se miraban un momento y continuaban dando vueltas silenciosamente, ostentando el baldón de su ignominia: "Vanidad"—"Rebeldía".

Así las sorprendió el doctor Rivers, que llegaba portador de un medicamento para Elena, para aquella niña que le tenía preocupado, porque la tosécita que constantemente la mortificaba no auguraba nada bueno en un cuerpecillo enclenque y maltratado.

—¡Dios mío!—exclamó indignado—. ¿Qué hacen ahí esas dos niñas?—preguntó a la profesora que había salido a su encuentro.

—Es un castigo que les ha impuesto el señor director.

—¡Oh, vamos, pronto, pronto!... Coja a esas niñas y éntrelas en la casa. ¡Es un crimen lo que están haciendo con ellas!

—Pero, ¿qué dirá el señor director?

—Toda la responsabilidad es para mí. Vamos, ayúdeme...

Unas horas más tarde, el doctor Rivers estaba aún a la cabecera de la cama de Elena, que agonizaba víctima de una neumonía fulmi-

nante. Había hecho por ella todo lo que la ciencia humana recomendaba en estos casos y ahora, tras una lucha constante, parecía que la niña comenzaba a tranquilizarse un poco y a cesar la fiebre altísima que la había tenido postrada durante horas y horas de larga angustia para el doctor.

—Bien... volveré mañana — dijo Rivers, saliendo de la habitación silenciosamente.

—Si se marcha usted, yo diré antes de dejar a la niña una última oración—replicó Brocklehurst, que había estado junto al médico constantemente. Y dirigiendo los ojos a lo alto, murmuró, recogiendo en sí mismo—: Omnipotente Dios, ten misericordia de esta pobre pecadora y haz que de su dolor saque nuevas fuerzas para arrepentirse de todos sus pecados. Amén.

Luego, dirigiéndose de nuevo al doctor, le dijo compungidamente:

—Los caminos de Dios son inescrutables, doctor Rivers.

—¿Ha sido la Providencia la que ha obligado a esta pobre niña a rodar horas y horas bajo una lluvia helada? ¿Ha sido Dios quien la ha mandado suicidarse? Sí, señor director, sí. Ha sido un suicidio si es que Elena fué la que quiso estar en el patio empapándose en

agua... Un asesinato si fué usted quien la obligó a ello.

Los dos hombres se alejaron sin cruzar nueva palabra, y, al poco rato, una sombra débil y temerosa, deslizándose a lo largo de las paredes del corredor, llegó hasta el cuarto de Elena y entró en él, acercándose a la cama de la enferma. Elena abrió los ojos al sentir cerca de ella una presencia humana y sus labios se entreabrieron en una sonrisa, mientras murmuraban un nombre:

—¡Jane!...

—¡Elena!... ¡Oh, Elena, qué contenta estoy! He oído que el doctor Rivers decía... Bueno, nada, he tenido mucho miedo, pero ya ha pasado, porque tú estás bien.

—Yo no tengo miedo, Jane—surró Elena, que ya se sentía en el Cielo—. Pero tú debes tener mucho frío. Vas en camisón. ¿Cómo has podido salir del dormitorio para llegar hasta aquí? Ven, métete en la cama conmigo y tápate con mi ropa...

Jane se deslizó entre las sábanas, se tendió al lado de su amiguita, la besó suavemente y rompió a llorar, ahora que la veía después de todo el miedo que había pasado al escuchar las graves palabras del médico.

—No llores, Jane, no llores. No

quiero que llores. ¿Te ha pasado el frío? Vamos, duerme. ¡Buenas noches, Jane!

—¡Buenas noches, Elena!

Se dieron un beso y se adormecieron apaciblemente, cogidas las manos, alentándose la una a la otra, con aquel cariño que las unía y que parecía que nada ni nadie tenía que romper.

Pero a la mañana siguiente, cuando Jane despertó, notó que la manita que tenía entre las suyas estaba helada. Dió un grito espantoso, un grito desgarrado, y corrió desoladamente, sembrando por la casa el terror de su angustiosa desesperación:

—¡Elena!... ¡Elena!... ¡Elena!...

Fué, de todas sus compañeras, la única que acompañó a Elena hasta el cementerio diminuto y triste que se alzaba a poca distancia de la escuela. Allí, bajo la tierra removida, quedaba aquel cuerpecillo flaco, macilento, que parecía palpar aún con la suavidad del cuerpo de un pajarillo. Jane, apoyada sobre aquella tierra, lloraba todas sus lágrimas, las más amargas, las más tristes de cuantas había llorado hasta entonces. Había encontrado un ser único que la amaba y la comprendía, y aquel ser se lo acababa de arrebatar la muerte, esa cosa extraña y misteriosa que se filtra en

la existencia y todo lo aniquila y destruye. ¡Ya no estaba allí Elena, con sus sonrisas, con sus ojos luminosos, con sus miradas llenas de luz! ¡Ya no estaba Elena a su lado para consolarla y confortarla! Se había quedado fría, fría como el agua que cayera sobre ellas aquella tarde; sus ojos se habían cerrado para siempre, y ni sus gritos ni sus palabras llegaban a sus oídos, porque ya no oían. ¡Allí estaba Elena, metida bajo la tierra, para siempre, para siempre!...

—Vamos, Jane, ahora ya no podemos hacer nada por ella—le dijo el doctor Rivers, después que la hubo dejado llorar mucho tiempo, para que desahogara su gran dolor.

—¡No quiero marcharme!... ¡Me quiero quedar con ella!... ¡Quiero que me entierren con Elena!—replicó Jane, sollozando desconsoladamente.

—Elena no está ahí, bajo la tierra—dijo el médico, acariciando la frente infantil—, sino allí... en el Cielo, velando por ti con más cariño que lo hizo en vida. Elena está al lado de Dios. Jane, no olvides lo que cada día dices en la oración: "Hágase Tu voluntad así en la tierra como en el Cielo"... ¿Crees que haces la voluntad de Dios dejándote llevar por la desesperación? Dios quiere que las niñas sean valientes

y resignadas. ¿No quieres hacer lo que Dios pide de ti?

La voz del médico era persuasiva, convincente, dulce. Jane se levantó y se dejó conducir por él hasta un banco de piedra en el que ambos se sentaron. El médico observaba a la niña y comprobaba que una dulcedumbre la iba invadiendo. Sus palabras surtían el apetecido efecto. El médico sabía llegar tan bien a las almas infantiles, que no le costaba trabajo hallar el camino más fácil para apoderarse de ellas. El alma de Jane era difícil, pero por eso mismo el doctor Rivers tenía más interés en hallarla, para poderle hacer compañía y no dejarla que se destruyera a sí misma en el terrible abismo de su propia soledad.

—¿Harás lo que Dios te pida?—insistió el médico, cogiendo una mano de la niña.

—Lo intentaré — replicó Jane, más sosegada.

—Así me gusta. Y no olvides que cuanto mayor esfuerzo hagas por someterte a la voluntad de Dios, tanto más te ayudará El a sobrellevar la carga que te imponga. Y ahora, vamos, deja que te acompañe a la escuela.

—¡No! ¡No quiero volver allí!... ¡Nunca más volveré a la escuela! Quiero huir.

—¡Jane! — exclamó el médico, con tierno reproche—. ¿Tú sabes lo que es el deber? El deber es lo que ha de realizarse aun cuando no se quiera hacerlo. Muchas veces no quisiera salir a medianoche, en plena tempestad de nieve y viento, para ir a visitar a un niño que está enfermo, a muchas millas de mi casa; pero voy, porque es mi deber. ¿Comprendes ahora lo que es el deber? ¿Comprendes cuál es tu deber?

—No sé...—murmuró la niña, reflexionando, con esa triste reflexión de los pequeños que conocen demasiado pronto todas las amargas realidades de la vida.

—Sí, Jane, sí lo sabes. Tu corazón te lo está diciendo. Tu deber es prepararte para sembrar en la vida la doctrina de Dios. ¿Y quién puede hacerlo, una niña sin educación y sin instrucción, o una mujer que conoce bien todas las reglas de la vida y que está perfectamente educada para educar ella, a su vez, a los niños que se le confían? Sí, Jane, tú sabes muy bien la contestación que has de dar a esta pregunta, aunque yo no te la exijo... Pero sí te exijo que me digas dónde puedes ser instruída y educada convenientemente. ¿Dónde... di?

Jane tardó unos momentos en contestar, luego alzó sus ojos llo-

rosos hasta los del médico que la miraban llenos de misericordia, y contestó lentamente:

—En la escuela...

—Eso es, en la escuela. Por eso debes volver allá, aunque la sola idea de este regreso te haga temblar. Es tu deber, ¿no es cierto?

—Creo que sí—murmuró la niña, levantándose y dando la mano al médico, para que la condujera por el camino del bien.

—Muy bien, Jane, ¡muy bien!—asintió el médico, estrechando aquella manita confiada que se había cobijado en la suya como un pajarillo perdido en el frío y en la nieve y que buscara calor para vivir.

* * *

En Lowood creció y se educó Jane Eyre. Los primeros años fueron para ella sumamente penosos, pero el estudio, la conciencia del deber y su tenacidad, lograron dominar sus instintos de rebeldía y fué sometiéndose a aquella vida dura, rígida, sin calor y sin cariño, en la que su alma se iba forjando con el temple de las grandes heroínas.

Un día, pasados diez años desde que ingresara en Lowood, fué llamada al despacho de la dirección.

Se trataba de nombrar una maestra nueva para la escuela, para cubrir una vacante producida, y Brocklehurst había propuesto al Consejo que se nombrara a Jane Eyre, suficientemente preparada para ello, según él estimaba.

—La señorita Eyre ha estado con nosotros durante diez años y esto me ha dado ocasión para templar su alma y hacerla virtuosa y pura—explicó, haciendo alarde de un gran puritanismo y de una magnífica justicia, aquel hombre que tenía métodos inquisidores para educar a las alumnas que se le confiaban—. Además, como interna de la escuela, podrá cobrar la mitad del sueldo que se tendría que asignar a una que viniera de fuera, y esto es muy ventajoso para la economía de nuestro erario.

Los miembros del Consejo asintieron y Jane Eyre se presentó ante el director. Se había convertido en una muchacha dulce, amable, buena, sin gran belleza exterior, pero con una expresión tan dulce que por sí sola embellecía ya toda su figura juvenil. Contaba apenas veinte años y en sus ojos llenos de luz había la serenidad de las almas grandes, hechas a todos los dolores y a todos los renunciamentos.

—Señorita Eyre, éste es un gran momento para usted—le dijo el di-

rector—. Poco podía yo imaginar que aquella muchachita rebelde e insubordinada que admití en esta institución hace diez años, pudiera convertirse en una perfecta profesora. Sí, una profesora — insistió, ante el asombro reflejado en el rostro de Jane—. Porque, recomendada por mí, el Consejo le hace el honor de ofrecerle un puesto en esta escuela en calidad de profesora. Su sueldo será de veinte guineas por año, de las que diez serán reservadas como pensión por su manutención, estancia en la escuela, lavado de ropa, etc., etc. Empezará a desempeñar el cargo el día primero del curso que está próximo a comenzar.

Jane Eyre se quedó desconcertada. La oferta había sido hecha terminantemente, como una orden. Ni siquiera la consultaban. Se lo ofrecían como si fuera un alto honor, pero no se pensaba en que ella pudiera tener otras aspiraciones, otras ansias, otros afanes.

Y los tenía. Si su deber era trabajar, podía trabajar en otro sitio, y no allí donde tanto había sufrido. Lowood siempre fué para ella como una cárcel. Quería huir de allí. Tener otro empleo en un sitio nuevo, entre caras nuevas y en otras condiciones. Podía aspirar a una cosa mejor y que le diera mayor liber-

tad. Necesitaba un cambio, alicientes nuevos, algo que llenara su vida. Por esto había escrito a varios anuncios leídos en los periódicos y esperaba con impaciencia que llegara una contestación afirmativa.

Brocklehurst, viendo que Jane no replicaba nada, le dijo:

—Es todo cuanto hemos de decirle, Jane, y la felicito por la elección.

—Pero... es que yo no puedo aceptar la oferta — replicó Jane, que acababa de ver, entre las cartas del recién llegado correo, una que iba dirigida a su nombre.

—¿Por qué no?—inquirió el director, harto extrañado de aquella respuesta.

—Porque no deseo continuar eternamente en Lowood.

—Pero esto es una ingratitud por su parte, señorita Eyre.

—¿De qué tengo que estar agradecida?—replicó Jane en un tono sosegado, pero firme y resuelto—. Diez años de angustias, fatigas, afanes, soledad y abandono...

—Veo que sigue usted siendo siempre la misma niña rebelde que que no sabe agradecer el bien que se le hace... ¿Y dónde piensa ir?

—No sé... ¡Por el mundo!... ¡A vivir!

—¡Por el mundo! ¿Y ya sabe có-

mo trata el mundo a las muchachas pobres, que no tienen amigos, ni familia, ni relación alguna con nadie?

—Buscaré una casa donde pueda trabajar honradamente, como institutriz de los niños—replicó Jane, irguiéndose, ofendida en su orgullo de mujer por la sospecha vergonzosa que vibraba en las palabras del director.

—¿Y cómo lo buscará?

—Me he anunciado ya en los periódicos.

—¡Ah! Y le habrán llovido las demandas, ¿no es cierto?—preguntó Brocklehurst con tono mordaz.

—No, señor.

—Ni le lloverán. No está usted preparada para ello. No tiene usted talento, ni disposición. Tiene usted un carácter hosco y rebelde. Su físico es insignificante. ¡Es una locura pensar que podrá encontrar una casa que la admita en estas condiciones! Jane Eyre, escuche bien lo que voy a decirle: he hecho cuanto he podido para arrancarla del camino del mal, pero veo que todo ha sido inútil... Si se queda aquí encontrará siempre mi protección... Si persiste en su idea de abandonarnos, piense que esta puerta no se abrirá jamás para usted. ¿Qué resuelve?

—Marcharme, señor Brockle-

hurst—replicó Jane, que tenía entre sus manos la carta que había de ofrecerle nuevas perspectivas en la vida.

Todo quedó rápidamente empaquetado y guardado. Jane tenía prisa en marcharse de Lowood. La llamaba el horizonte amplio de un camino desconocido. Acaso fuera el camino de su felicidad. Por el momento era el de su libertad, aquella libertad soñada en tantas horas, en tantos años de forzada prisión.

Cuando iba a subir al carruaje que había de conducirla hasta el vecino pueblo, se acercó a ella el doctor Rivers, un poco envejecido por aquellos diez años que pesaban sobre él, pero siempre tan galán, tan atento, tan dulce para sus clientes, a los que había dedicado lo mejor de su vida, tan comprensivo para los enfermos del espíritu, como era aquella chiquilla, aquella Jane Eyre que él había arrancado un día de las garras de la muerte, sobre el sepulcro recién abierto de su amiguita, y que hoy veía convertida en una mujer, en toda una mujer serena y segura de sí misma, como ya mostraba serlo cuando apenas se esbozaba en ella su figurilla de niña.

—Jane, no es fácil para una muchacha tan joven, enfrentarse con

la vida, sola, sin ayuda de nadie. Pero tú conoces muy bien lo que es bueno y lo que es malo, lo que es recto y lo que es tortuoso... y estoy seguro de que nunca harás nada que pueda desviarte del camino que te has trazado. ¡Que Dios te acompañe y que tengas buena suerte!

Jane se alejó de aquellos parajes que le eran familiares y, tras muchas horas de viaje, llegó al término del suyo. Interrogó a un mozo de la posada en la que se refugió, si alguien había preguntado por la señorita Eyre, y como le contestara negativamente, no tuvo más remedio que sentarse a una de las mesas y esperar pacientemente a que fueran a buscarla los que allí la habían citado.

Para una muchacha inexperta como ella, era rara la sensación que experimentaba al encontrarse sola en el mundo, cortada toda conexión con su vida anterior, sin divisar ni remotamente el camino que ahora la aguardaba. El encanto de la aventura embellecía aquella sensación. Sólo la atemorizaban las miradas que algunos hombres, al verla sola, joven y bonita, le lanzaban, como invitándola a desviarse de la senda que ella se había trazado.

Después de haber esperado mucho tiempo y de haber tenido que

rechazar con dulce energía los cumplidos que un desconocido le dedicaba, llegó hasta ella un cochero, que le preguntó:

—¿Es usted la señorita Eyre?

—Sí, soy yo. Y usted, ¿viene de Thornfield?

—Sí. ¿Usted es la nueva señorita de compañía?—inquirió el hombre, muy extrañado ante la extrema juventud de la muchacha.

—Sí.

—¿Es éste su equipaje?

—Sí.

Lo cogió, lo cargó en el vehículo que esperaba a la puerta de la posada, ayudó a subir a él a Jane y partieron, al paso de los caballos, a través de la noche oscura y cerrada que les rodeaba.

Llegaron al poco rato a la puerta de Thornfield, el enorme caserón aislado en medio del campo. Entraron en el vestíbulo y salió a recibirles una criada y el ama de llaves, una vieja sirvienta fiel y adicta, simpática y dulce, que recibió a Jane con amabilidad.

—¿Es usted la señorita Eyre?... ¿Cómo está?... ¡Ah, viene helada! Vamos, la acompañaré a su habitación para que pueda acostarse pronto. Debe venir rendida del viaje.

La condujo, a través del vestíbulo cuadrado, hasta un cuarto, iluminado por el fuego de la chimenea

y por las bujías de algunos candelabros. El cuarto era atractivo y alegre y allí pudo calentarse y desentumecerse, mientras el ama de llaves no dejaba de hablar:

—Estoy muy contenta de que haya venido en seguida. Vivir aquí, sin más compañía que la de los criados, no es una cosa muy atractiva, se lo aseguro... Nunca viene nadie. El carnicero y el cartero son los únicos que se acercan por aquí en cuanto empieza el mal tiempo.

—¿Podré saludar esta noche a la señorita Fairfax?—preguntó Jane, tímidamente, deseando conocer a la que había de ser su discípula.

—¿La señorita Fairfax? ¡Ah, quiere decir la señorita Adela!—exclamó la simpática viejecita.

—¿No es hija de usted?

—¡Oh, no, no!... ¡Qué gracia!... Adela es francesa. Yo no tengo familia. No tengo a nadie de familia. Soy únicamente el ama de llaves... Venga, por aquí. Este es el dormitorio de míster Edward. Ahora está en el extranjero, pero yo siempre lo tengo todo a punto, como si él estuviera aquí, porque siempre llega de improviso, cuando menos se le espera. Sus visitas son rápidas e inesperadas. Es un ser muy extraño míster Edward.

—¿Míster Edward? ¿Quién es míster Edward?—inquirió Jane, un

poco aturdida por la charla de la señora Fairfax.

—Es el dueño de Thornfield.

—¡Ah, yo creí que esta casa era de usted!

—¿Mía? ¡Que Dios la bendiga, criatura! ¡No le he dicho que no soy más que el ama de llaves?... Thornfield es propiedad de míster Edward Rochester, y Adela es su guardinana... y ésta es su habitación, señorita Eyre. Es un poco pequeña, pero creo que la preferirá a las habitaciones enormes del otro lado del edificio.

—¡Oh, sí, es encantadora!... No comprendo cómo teniendo una casa tan bella y tan grande y tan confortable como ésta, su propietario no viva en ella y venga sólo de tarde en tarde a visitarla.

—Sí, es extraño. Pero ya se irá usted convenciendo, señorita Eyre, de que el señor Rochester es un hombre sumamente extraño, bajo todos conceptos... ¡Buenas noches, querida!

—Buenas noches...

Al quedarse sola, Jane dió un gran suspiro de alivio y miró detalladamente a su alrededor. El aspecto agradable de la habitación disipó la impresión que le había producido el enorme vestíbulo, los largos corredores, sombríos y helados, la escalera espaciosa y aquel silen-

cio casi monacal que reinaba en el enorme caserón. Al sentirse, tras un día de fatiga corporal e inquietud moral, llegada felizmente al puerto de refugio, un impulso de gratitud llenó su corazón y, arrojándose a los pies del lecho, dió gracias a Dios por haberla librado de su cárcel de Lowood. Aquella noche pudo acostarse sin zozobras ni temores y pronto se durmió con un sueño profundo y reparador.

La despertó, a la mañana siguiente, la tonadilla dulzona de una cajita de música. Abrió los ojos extrañada de escuchar tan suave melodía, tuvo que reconstruir precipitadamente todo lo ocurrido en aquellas veinticuatro horas y, antes de que se diera perfecta cuenta de donde se encontraba, una voz infantil, alegre, simpática, graciosa, le dijo, mientras señalaba los dos muñequitos que sobre la caja bailaban al son de la música:

—Buenos días, mademoiselle... Mamá tenía un vestido igual que el de esta muñequita, pero bailaba mucho mejor que ella. Yo también sé bailar. ¿Quiere verlo?

—¿Ahora? ¿En este mismo momento?—preguntó Jane, sonriendo, mientras se envolvía en la bata.

—Habla usted igual que el señor Rochester. ¡Para él nunca llega el momento oportuno! ¡Jamás!

—¿Te llamas Adela? —preguntó Jane, sonriendo a aquella niña encantadora, que la había cautivado desde el primer momento.

—Sí.

—¿Sabes qué estoy pensando, Adela? ¡Que jamás en mi vida había tenido un despertar tan bonito y tan alegre como el que acabo de tener!

Profesora y discípula acababan de sellar una fiel amistad, con aquella espontánea simpatía con que se habían hallado sus corazones.

Algunos días más tarde, Jane tocaba el piano en el gran salón de Thornfield, y Adela bailaba con elegancia y coquetería un baile clásico, maravillosamente trenzado por sus piecitos diminutos.

—¿Le ha gustado, mademoiselle? —preguntó, haciendo una graciosa reverencia ante ella cuando el baile hubo terminado.

—Mucho, Adela. Bailas muy bien.

—Muchos caballeros y señoras iban a ver a mamá y yo bailaba delante de ellos, o me sentaba en sus rodillas y cantaba, porque también sé cantar.

—¿Y dónde era esto?

—En París. Con mamá vivíamos siempre en París. Pero cuando mamá se marchó a ver a la Santísima Virgen al Cielo, el señor Rochester

me cogió, me metió en un barco y me trajo aquí.

Jane estaba dedicada por entero a la educación de aquella niña. Vivía feliz en el gran caserón. Adela era encantadora, la señora Fairfax se mostraba siempre amable y complacida y Jane sentía renacer en ella toda la alegría de su juventud, aquella alegría que nunca había podido expansionarse, primero atemorizada por la dureza de su tía, la señora Reed, luego por la disciplina rígida y cruel de la escuela de Lowood. Ahora le parecía que estaba en su propia casa y que Adela era una hermanita menor, o una hija ya crecida que Dios le había regalado para recompensarla de todos los dolores pasados.

—¿A usted le gusta el señor Rochester? —le preguntó un día Adela.

—No sé; no le he visto nunca.

—Yo le explicaré cómo es. Mire, éste es su sillón... se sienta en él así, delante del fuego, y si te acercas a él, gruñe así...

La niña iba haciendo cuanto decía, imitando al señor Rochester en sus gestos, en su manera de andar, en su manera de comportarse cuando la niña se acercaba a él.

—¡Oh! ¿Así es de feo? —rió Jane, divertida por las caras que ponía la niña.

—¡Mucho más feo! ¡Espantosamente feo! Yo no puedo ponerme tan fea como él.

—Pero estoy segura de que contigo es muy amable, ¿no es verdad?

—Sí, algunas veces me hace regalos muy bonitos, pero cuando se enfada... ¡uf! ¡Es terrible! —dijo la pequeña con vehemencia.

Cuando Jane llevaba a la niña a acostar le hacía rezar sus oraciones, que la chiquilla repetía, arrodillada sobre la cama, con las manitas juntas y los ojos fijos en lo alto:

—“Que la Virgen Santísima me dé su gracia... y que Dios bendiga al señor Rochester y le haga amable con mademoiselle, para que así pueda estarse siempre a mi lado, amén”.

Jane sonrió ante aquella oración ingenua y sencilla, que desde lo más íntimo de su corazón rezaba ella también, porque para ella aquella vida era tan plácida, tan dulce y tan buena, que ya no deseaba en la vida ningún otro placer.

Una tarde en que Jane se había aventurado a dar un largo paseo a través del campo, la niebla comenzó a extenderse en su derredor, levantándose del suelo primero en leves celajes y haciéndose cada vez más y más espesa, hasta el punto de que le era difícil ver dónde encaminaba sus pasos cuando, de im-

proviso, a lo lejos, le pareció escuchar el galopar de un caballo. La niebla se apretujaba en torno a ella. No podía ver nada y el rumor del galope del caballo se oía cada vez más cerca. Se hizo a un lado, y a otro luego, atemorizada, sin saber qué hacer. No tuvo mucho tiempo para vacilaciones, porque el caballo ya estaba allí y el caballero, ante la inminencia del peligro, hizo frenar tan súbitamente al noble animal que cayó éste al suelo arrastrando en su caída al caballero, que lanzó un juramento lleno de ira. Un perrazo enorme, un magnífico dogo blanco con manchas negras, que iba galopando al lado del caballo, al ver caído en tierra a su dueño comenzó a ladrar lúgubramente, adoptando una actitud amenazadora hacia la que, a pocos pasos del grupo, había tenido la culpa de la catástrofe.

Jane corrió hacia el jinete que se levantaba del suelo lanzando juramentos sin cesar, y le preguntó con dulce solicitud:

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Quitarse de en medio y no estorbar mi paso—replicó de mal talante.

—Siento mucho lo que ha pasado... He asustado a su caballo.

—Sus excusas no curarán mi tobillo—replicó el caballero, que no

dejaba de refunfuñar palabras que no debían ser muy gratas a oídos femeninos. Y nervioso por los constantes ladridos del perro, le grito: —¡Calla, Pilot!

Jane estaba como paralizada, sin acertar a pronunciar una palabra ni a moverse del sitio en que se encontraba.

—Bueno, ¿qué hace usted ahí como una estatua? ¿Qué espera? —preguntó él, mientras se incorporaba penosamente.

—No puedo marcharme hasta que no me convenza de que puede usted seguir montando.

—¡Hummm! —gruñó el hombre, que pareció apaciguarse un poco—. ¿De dónde es usted?

—De Thornfield. Estamos cerca de la casa del señor Rochester.

—¡Ah! ¿Conoce usted al señor Rochester? —inquirió el caballero, tratando de ver el rostro de aquella muchacha que le hablaba con una voz dulce y suave, tranquila y acogedora.

—No; no le he visto jamás.

—¿Es usted una de las doncellas de Thornfield?

—No; soy la institutriz.

—¡Ah, la institutriz!... Bien, ya estoy otra vez a caballo. ¿Quiere darme el látigo, que está ahí, a sus pies? Bien, gracias... Y haga el fa-

vor de no volver a ponerse en mi camino.

Jane escuchó el galope del caballo que se alejaba y volvió a emprender el camino hacia su casa, un poco intrigada por aquel extraño caballero, cuya voz había quedado tan grabada en sus oídos que difícilmente la hubiera podido olvidar, porque era una voz vibrante, varonil, severa, pero al propio tiempo tenía una melodía, como las cuerdas graves del violoncello.

Cuando llegó a Thornfield encontró, tendido en medio del vestíbulo, al gran dogo que acompañaba al desconocido.

—¡Pilot! —murmuró, repitiendo el nombre que había oído darle.

Y el perro se acercó a ella, moviendo el rabo amistosamente, como si saludara a una antigua amistad.

La señora Fairfax llegó corriendo y la ayudó a quitarse el sombrero y la capa:

—De prisa, querida, de prisa. Ha dicho que quería conocer en seguida a la nueva institutriz.

—¿Quién? —preguntó Jane, sintiendo una extraña angustia en el corazón.

—¡El señor Rochester! ¿Quién va a ser? Acaba de llegar, sin previo aviso... ¡y con un humor! Creo que ha tenido un accidente, y no sé

qué hacer con él. Me ha dicho que no quería que llamara al médico... ¡Oh, Dios mío, dese prisa para que no se enfade más! Venga conmigo.

La llevó hasta la biblioteca y, entrando en ella, la presentó al señor Rochester, que estaba sentado en un sillón, con el pie derecho en un cubo con agua caliente para curar su magullado tobillo.

—Aquí está la señorita Eyre, señor.

La señora Fairfax cedió el paso a Jane y cerró la puerta, dejándolos solos en aquella amplia estancia en donde Rochester solía pasarse muchas horas en las breves jornadas que estaba en su casa.

Jane permanecía a respetuosa distancia, sin decir palabra, en espera de que él le dirigiera la suya.

—Bien, señorita Eyre, ¿no tiene usted lengua? —gruñó, al fin, Rochester.

Jane se sintió más aliviada. Un acogimiento cortés la hubiera desconcertado y turbado mucho más que aquella brusca pregunta.

—Esperaba a que el señor me dirigiera la palabra —contestó.

—Muy bien, muy educadita... La próxima vez que vea usted a un jinete, no se ponga en medio de su camino como un fantasma y déjele pasar sin fastidiarle.

—Le puedo asegurar que no lo hice deliberadamente.

Y al ver que Rochester iba a añadir agua al cubo, lo hizo ella con la mayor solicitud.

—Quizá no lo hizo usted deliberadamente, pero no por esto ha sido menos desagradable. Siéntese, señorita Eyre. ¿De dónde ha venido usted? —preguntó Rochester, sin mirar casi a la muchacha, que se había sentado lejos de él, respetuosamente, en una actitud comedida y discreta.

—De la escuela de Lowood.

—¿Lowood? ¿Qué es eso?

—Una institución benéfica, señor. Estuve allí durante diez años.

—¿Diez años? Debe tener usted un carácter muy tenaz. No me extraña que tenga usted la mirada de un ser venido de otro mundo... ¡Aguantar diez años aquella vida! Cuando la encontré en el camino me pareció usted uno de esos seres fantásticos que figuran en los cuentos y temí que me hubiera usted embrujado el caballo. Aun no estoy muy seguro de lo contrario. ¿Tiene usted padres?

—No, señor.

—¿Y hogar?

—No, señor.

—¿Quién le recomendó venir aquí?

—Puse un anuncio en el periódico.

dico y la señora Fairfax contestó a mi anuncio.

—Y llegó usted aquí, justo para ponerse delante de mi caballo y hacerme caer... ¿Qué aprendió usted en Lowood? ¿Toca el piano?

—Sí, señor, un poco.

—Ya, ésta es la respuesta de rigor de todas las institutrices. Vaya al salón. Es decir, si quiere... por favor... Dispense mi modo de mandar. Estoy acostumbrado a decir que se haga esto u lo otro, y a ser obedecido; y no voy a cambiar mis costumbres por usted. Tome un candelabro y deje la puerta abierta. Siéntese al piano y toque alguna melodía.

Jane obedeció sus indicaciones y tocó unos compases clásicos.

—¡Basta!—gritó la voz de Rochester, desde la biblioteca—. Toca usted "un poco", ya lo veo. Como otras muchas chicas de las escuelas inglesas, y hasta mejor que algunas de ellas; pero no toca bien... Buenas noches, señorita Eyre —dijo Rochester, dando por terminada su conversación.

—Buenas noches—replicó Jane, saliendo de la biblioteca, desconcertada por completo por la extraña actitud del dueño de Thornfield.

Jane pensó en él durante mucho rato. ¿Qué clase de hombre era el

señor Rochester? ¡Orgullosa, sardónico, duro! Instintivamente pensó que aquel modo de ser había de estar fundado en alguna tragedia de su vida, en algún hecho cruel del destino, en algo que había destrozado su existencia.

Pronto tenía que comprobar que su intuición femenina no se equivocaba y que tras la máscara dura y cruel con la que se ocultaba, había un alma torturada, llena de sensibilidad, fina, galante y dulce...

Aquella noche, mientras estaba cepillando su pelo antes de acostarse, Jane escuchó la voz de la señora Fairfax que hablaba con alguien desconocido:

—Gracia... ya le he dicho muchas veces que no me gusta que haga tanto ruido. Se oye desde toda la casa. Ha de tener más cuidado.

Jane corrió a la puerta de su cuarto para ver de qué se trataba, pero se encontró frente a la señora Fairfax que llegaba con un candelabro en la mano y que la dijo, sonriéndole con su habitual amabilidad.

—¿La he molestado, querida? Perdóneme. Es que tenía que decir algo a Gracia Poole. Es una buena mujer que tenemos aquí para repasar ropa. No es muy recomendable, pero cumple con su deber. ¿Qué tal se lleva usted con el señor Roches-

ter? —preguntó de pronto, cambiando de conversación antes de que Jane pudiera interrogarla acerca de aquella Gracia Poole, de quien parecía no querer hablar.

—¿Siempre es tan brusco y de humor tan variable?—inquirió Jane.

—Psss... tiene sus peculiaridades, pero hay que perdonárselas.

—¿Por qué a él más que a los demás?

—En parte porque es su temperamento y está en la medula de su naturaleza... En parte porque está dominado por recuerdos sombríos.

—¿Recuerdos sombríos?... ¿De qué?—inquirió Jane, muy intrigada por aquellas palabras.

—Son asuntos de familia. Creo que es por esta razón por lo que viene tan rara vez a Thornfield... Buenas noches, querida.

—Buenas noches, señora Fairfax.

* * *

Jane se iba sintiendo intrigada y poseída por la extraña figura del señor Rochester. Pensaba en él largas horas y, cuando no estaba en casa, atisbaba a través de los grandes ventanales su llegada. Le gustaba verlo a lo lejos, galopando en su caballo, seguido por el enorme "Pilot" que cabalgaba entre las pa-

tas del caballo, flotando al viento la capa en que se envolvía en aquellas crudas tardes invernales en que el cierzo azotaba el rostro y la nieve calaba los huesos.

Aquella tarde le vió llegar desde lejos. Parecía un centauro. Galopaba desenfrenadamente desafiando el vendaval, y su figura se recortaba magnífica y aristocrática en el cielo gris del atardecer.

En vano Adela, la gentil criatura que hasta entonces había tenido siempre captada la atención de la señorita Eyre, quería atraerla de nuevo a sí mostrándole con coquetería los adornos de cintas y plumas con los que se engalanaba en aquella su inconsciente vanidad.

Jane sólo veía al caballero que llegaba hasta el patio de Thornfield y descabalgaba en un salto ágil y flexible.

—Adela se acercó a la ventana y murmuró, viendo llegar al señor Rochester:

—El señor Rochester es un poco difícil de tratar, pero siempre hace regalos muy bonitos. Pero mire, señorita Eyre, mire qué bien me sientan estas plumas. ¿Verdad? ¡Igual que a mamá! Mire, mire, así podría salir a bailar, porque mamá se vestía así muchas veces. ¿Verdad que es muy bonito, mademoiselle?

—Encantador, Adela, encantador —replicó Jane mirando a la chiquilla que estaba ante el gran espejo ensayando actitudes y pasos de baile con una gracia incomparable.

—Cuando baile en los teatros, siempre me vestiré así...

La voz de Rochester las interrumpió:

—¡Señorita Eyre, venga!—gritó, desde la puerta.

Adela corrió a él, le abrazó, le besó, le dió las gracias por todos los regalos que le había llevado, le colmó de caricias; pero Rochester la apartó sin brusquedad, aunque con energía:

—Bueno, basta, basta, pequeña...

Y se llevó a Jane con él, diciéndole:

—No me gustan los niños, señorita Eyre. Soy un solterón y no me queda ningún recuerdo grato de mi infancia. Hoy me siento comunicativo y con ganas de expansión y usted me hará compañía hasta la hora de la cena. Vamos a la biblioteca. La había olvidado a usted desde aquella primera noche en que nos encontramos, pero me resultó agradable la poca conversación que con usted sostuve... y ahora quiero conocerla a usted mejor, estudiarla más detenidamente. Siéntese, señorita Eyre. No, no tan lejos, un poco más cerca—añadió, viendo que

Jane se sentaba a muy respetable distancia.

Jane acercó un poco su silla, pero no pareciéndole a Rochester lo suficiente, la obligó a acercarse más a él.

—Así puedo verla mejor sin tener que abandonar mi posición favorita frente al fuego. ¿Qué mira usted?—añadió, viendo que Jane no apartaba sus ojos de él—. ¿Me examina usted a mí? ¿Me encuentra muy guapo?

—No, señor—contestó Jane, sinceramente, sin meditar su contestación.

—¿De veras?—inquirió Rochester con una leve ironía en la voz.

—Usted perdone... he sido demasiado franca...

—Es usted una mujer un poco rara, señorita Eyre. Se está ahí sentada tan grave, tan quieta y tan modosita... y cuando se le pregunta alguna cosa contesta con un abrupto.

—Rectifico mi contestación, señor, y reconozco que es un disparate.

—Lo mismo creo yo. ¡Ea, critique mi figura! ¿Acaso no le gusta mi frente?

Separó los cabellos que caían sobre sus cejas y mostró la sólida envoltura de su cráneo frontal.

—¿Qué? ¿Acaso tengo aspecto de tonto?—insistió,

—Nada de eso, señor.

—Entonces, ¿quiere usted decir que soy un hombre amable y bueno?

—Quizá, señor.

—Bien, señora, es usted excesivamente franca. No, no soy un hombre amable ni bueno; pero poseo una... ¿cómo le diría yo?... una ruda blandura de corazón. Cuando yo era joven era un muchacho bastante sentimental... ¿Lo duda?

—No, señor.

—Pero luego la vida me ha tratado de tal modo, que me ha hecho duro y resistente como una pelota de goma maciza. Sin embargo, soy vulnerable por una o dos hendiduras... tengo algún punto flaco. ¿Me concede eso alguna esperanza?

—¿Esperanza de qué, señor?—inquirió Jane, mirándole con sus dulces ojos llenos de asombro y de ingenuidad.

—De volver a transformarme de pelota de goma maciza que soy, en un ser de carne y hueso—replicó Rochester con una voz muy grave y muy profunda—. Me mira usted con asombro — continuó, sin dar tiempo a la institutriz a contestar, —y como usted no tiene mucho más de bonita que yo de guapo, el

asombro no la favorece en nada, se lo aseguro.

Jane no sabía qué contestar. ¿Qué podía decirle sobre sus posibilidades de transformación? ¿Qué acerca de la belleza que ella no tenía, que ella estaba convencida de no tener, porque nunca, nadie, jamás, le había dicho que fuera bonita?

—Se ha quedado usted muda, señorita Eyre. Es usted obstinada... No, creo mejor que está enojada y tiene razón de estarlo. Le hago las preguntas de un modo absurdo y duro. Pero esta noche me siento comunicativo y sociable. El caso es que no quiero tratarla a usted como a un inferior. Mejor quisiera que se pusiera usted a mi altura. No sé cómo explicarme — murmuró, titubeando un poco—. Siempre habrá en mí algo de superioridad, aunque únicamente sea la que me dan veinte años más de vida y cien más de experiencia. Así, teniendo en cuenta que por la edad podría yo ser su padre, y que poseo una larga experiencia adquirida viajando por medio mundo y tratando a muchas y diversas gentes, podrá usted convenir que tengo derecho a ser un poco dominante y brusco...

—Está usted en su perfecto derecho para comportarse como usted guste—replicó Jane con calma y se-

renidad—. Me paga usted treinta libras al año para obedecerle.

—¡Treinta libras!—exclamó Rochester, lanzando un bufido—. Lo había olvidado. Bien... puestos en el terreno mercenario, ¿no se ofenderá usted si recibe órdenes más de ahora en adelante?

—No, señor; no sólo en ese terreno, sino en el terreno del que me hablaba usted hace un momento: el de la igualdad.

—¡Magnífico!... Así, ¿consiente en dispensarme muchas faltas a las formas y a las frases convencionales, sin pensar que soy un insolente?

—Nunca confundiré la falta de buenos modales con la insolencia. Lo primero me parece disculpable; a lo segundo, ninguna persona que goce de su libre albedrío puede someterse... ni siquiera por un sueldo —contestó Jane, con aquella dulce energía con que hablaba siempre y cuyo tono convenía más aun que las propias palabras que pronunciaba.

—¡Bobadas!—exclamó Rochester, sonriendo—. La mayoría de los seres humanos, con su libre albedrío, se someten a cualquier bajeza por un sueldo. ¿Dónde va usted?—preguntó, con voz dominadora, viendo que Jane se levantaba y se encaminaba a la puerta.

—Es la hora de la lección de Adela.

—No, jovencita, no es por Adela por quien se marcha usted ahora. Es porque me tiene usted miedo... y quiere escapar de mí. En mi presencia no se atreve usted a reír alegremente o a hablar con entera libertad. Confiese que me tiene miedo.

—Estoy desconcertada, señor; pero le aseguro que no tengo miedo—afirmó Jane, quedándose en pie en medio de la habitación.

Adela en persona llegó a aliviar a Jane de aquella situación que se le estaba haciendo harto difícil. Llegaba encantadora, vestida con su traje de baile, llena de tules y cintas, coqueta en su ingenua gracia infantil y, dando unos pasos de danza, se detuvo en la más encantadora de sus poses y preguntó, sonriendo como si se dirigiera al público más exigente:

—¿No estoy encantadora, señor Rochester? ¿No es así como saludaba mamá, cuando terminaba el baile?

—Exactamente —gruñó Rochester, con el ceño fruncido—. ¡Y con qué gracia sacaba mi dinero inglés de mi británico bolsillo!

—Y ahora voy a bailar para usted solo—dijo Adela, disponiéndose a hacer lo que decía.

—¡No! ¡No bailarás!—gritó Rochester, con violencia—. Vete arriba, a tu cuarto... ¡en seguida!—ordenó.

Jane cogió a la niña de la mano y la miró dulcemente, imponiéndole silencio y sumisión con la mirada y con el gesto.

—Señorita Eyre, no he terminado de hablar con usted—dijo Rochester, obligando a Jane a quedarse a su lado, mientras la chiquilla se marchaba, compungida y consternada por no haber podido realizar su exhibición.

—¿Por qué me mira usted así?—preguntó, viendo que la muchacha le contemplaba de un modo extraño.

—Pienso, señor Rochester, que sea la que sea la desgracia que pesa sobre su vida, no tiene usted derecho a vengarse en la niña.

—Tiene usted razón. Sólo pienso en mí mismo... en mis recuerdos... en mis esperanzas. El hecho es que la naturaleza me había constituido para ser un hombre de bien, amable y bueno; pero el Destino ha ordenado todo lo contrario. Pude ser un hombre bueno, con una conciencia limpia y clara como la suya, señorita. Pero el manantial de bondades que había en mí se ha secado... dejándome... ¿qué? Esa pequeña flor artificial que importé de Fran-

cia y que se llama Adela... Puede usted marcharse—dijo, como si estuviera ya fatigado de hacer íntimas confesiones.

Pero antes de que Jane hubiera traspuesto el umbral de la puerta, la voz grave de Rochester la detuvo de nuevo:

—¡Señorita Eyre! Espero y deseo de veras que sea usted feliz aquí, en Thornfield.

—Así lo espero, señor, y así creo que será—contestó Jane, haciendo una gentil reverencia antes de salir de la habitación.

No habría mediado la noche cuando Jane despertó con un sobresalto extraño. En los pasillos de la casa, invadidos por el hondo silencio de la noche, resonaba una carcajada estridente, extraña, una carcajada que parecía venir de otro mundo, una risa lúgubre que helaba las venas en la sangre.

—¿Quién es? —preguntó Jane, incorporándose en el lecho.

Nadie contestó. Sólo la carcajada casi demoníaca, que a Jane le parecía llegar a través de la cerradura de la puerta de su cuarto, se escuchó de nuevo. Saltó de la cama, se cubrió con una bata y un

chal y abrió la puerta preguntando de nuevo:

—¿Quién es?

Nadie. Sólo, sobre la alfombra del pasillo, una bujía ardía amenazando prender fuego a la misma.

Jane recogió la bujía y, mirando a derecha e izquierda, buscó el origen de una humareda asfixiante que todo lo invadía. De la puerta entornada del cuarto del señor Rochester salían espesas nubes de humo y, sin pensar en nada, impulsada por una fuerza extraordinaria, entró en la alcoba del mismo. El lecho estaba envuelto en llamas, sus cortinas ardían y bajo ellas, profundamente dormido e inmóvil, descansaba el señor Rochester.

—¡Señor Rochester...! Señor Rochester! — gritó Jane, queriendo despertarle, pero al ver que no le hacía caso, arrancó con violencia las cortinas, corrió al lavabo, cogió el jarro de agua y lo arrojó sobre el lecho, intentando apagar aquella hoguera que amenazaba con aniquilarlo todo.

Rochester despertó, con aquella ducha fría, y se levantó precipitadamente al darse cuenta de que las llamas le envolvían. Ayudó a Jane a apagar el fuego y, cuando entre los dos lo hubieron dominado, suspiró:

—¡Bueno... ya está!

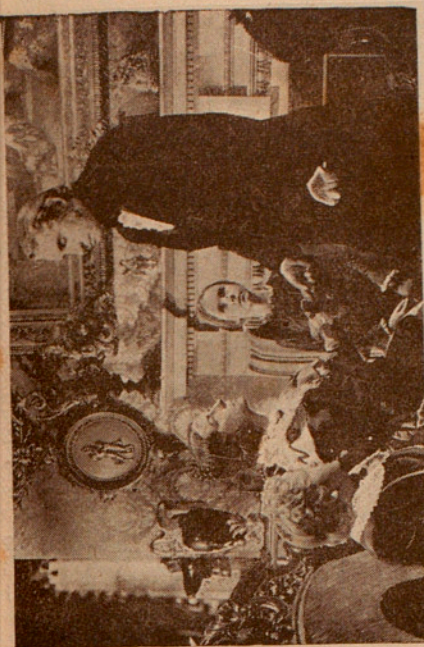
—¡Ah...! Creó que alguien ha querido matarle, señor Rochester —dijo Jane, que todavía estaba anhelante y angustiosa por el esfuerzo realizado y por el susto sufrido—. He oído pasos en el corredor, frente a mi cuarto. ¿Quiere que llame a la señora Fairfax?

—¿Para qué diablo va usted a llamarla? Déjela que duerma. Siéntese en esta butaca y abriguese, si tiene frío, con ese chal que se ha puesto. Me voy; vuelvo dentro de unos minutos. Estése quietecita como una muerta, hasta que yo vuelva.

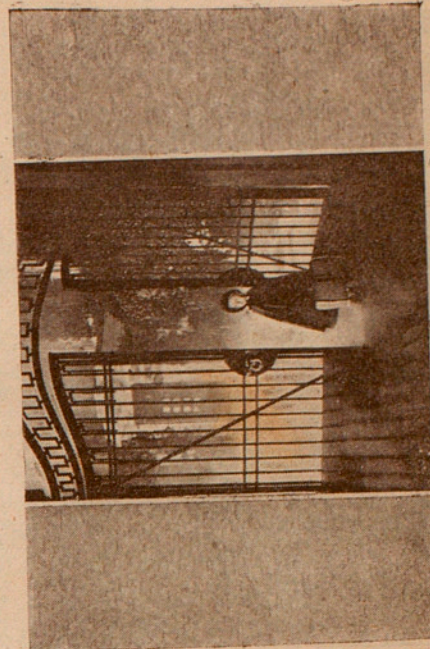
Salió, dejando a Jane sola. Esta, llena de zozobra y de angustia, se acercó a la ventana y, a través de sus cristales, vió la luz que Rochester llevaba en la mano, como iba siguiendo el pasillo que comunicaba con la torre extrema de la casa, y como iba subiendo hasta lo más alto de ella, siguiendo su reflejo a través de las ventanas de la escalera.

Jane sintió que algo raro la rodeaba, que algún misterio había en torno suyo, que en aquella casa había algo que ella no acertaba a comprender ni adivinar, pero que forzosamente tenía que constituir un peligro para Rochester.

Esperó pacientemente. Pocos



—Esa es la chiquilla de quien le estaba hablando...



—¡Y cuando sea mayor nunca volveré a llamarla "tía"! —



Jane había sido castigada severamente...



—Sí, Bessie, un beso y un abrazo...



—Permanecerá aquí, en esta estancia, subida en este taburete...



—Quiero que me enseñen con Diana.



—...y estoy seguro de que nunca harás nada que pueda desviarte del camino que te has trazado.



—Bailas muy bien, Adela.



—Un asesinato si fué usted quien la obligó a ello...



...era rara la sensación que experimentaba al encontrarse sola en el mundo...



...ya no deseaba en la vida ningún otro placer.



—Siento mucho lo que ha pasado... He asustado a su caballo.



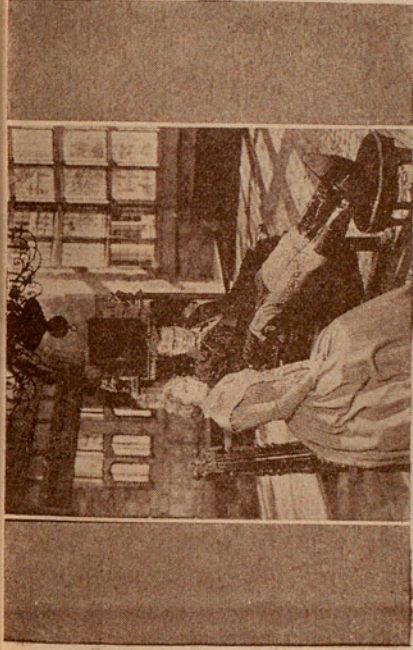
—Le puedo asegurar que no lo hice deliberadamente.



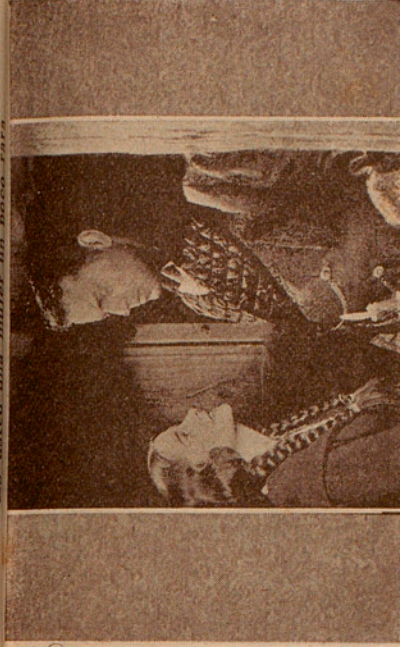
...le vió llegar desde lejos...



—Es usted una mujer en posesión...



—...pero esta noche me siento comunicativo y sociable...



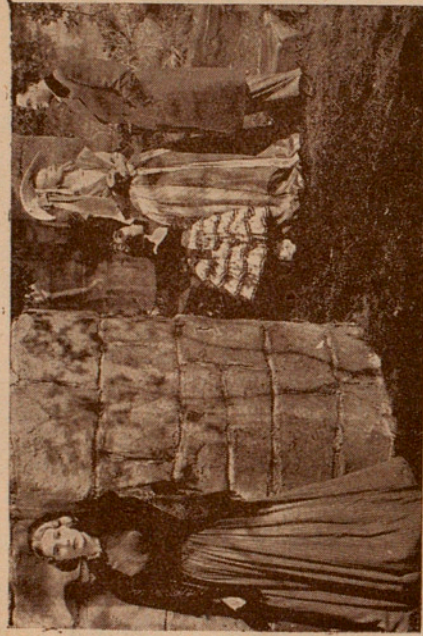
...esta noche me ha salvado la vida...



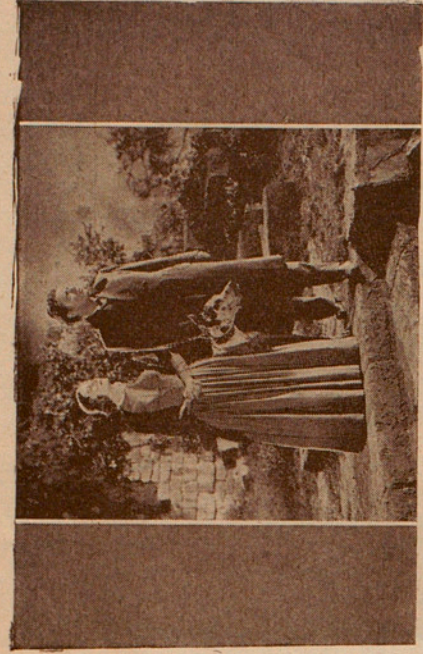
Sin titubear, le siguió.



—Ocurra lo que ocurra, no se mueva de su lado.



...ella no dejaría nunca de ser nada más que una simple institutriz...



—...seguramente ya nunca más volveremos a vernos...



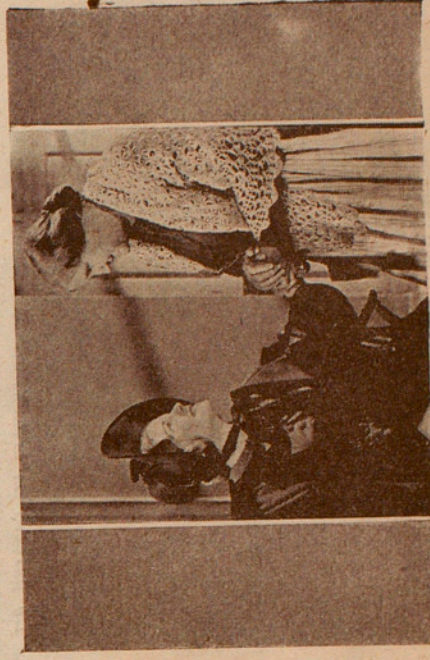
...iba a convertirse en la señora de Rochester...



—Este hombre está casado con mi hermana.



—Esa es mi mujer... ¡Una pobre loca!



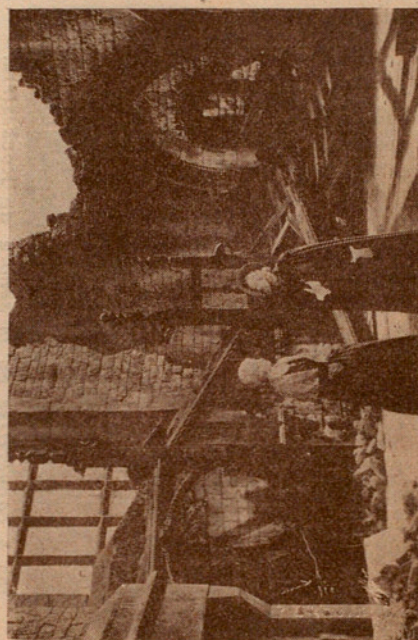
—¡Cómo has crecido y qué delgada estás!...



—¿Quién es usted!... ¡Márchese! ¡Márchese!



Le pareció un presentimiento. Eduardo la necesitaba...



—Ella... ella incendió la casa...



—¿Quién está aquí?

A L M A R E B E L D E

minutos después escuchó los pasos de Rochester en el pasillo y se apresuró a ocupar de nuevo el sillón en que él la había dejado.

Rochester entró, dejando la luz sobre el lavabo, y, dirigiéndose a Jane, le preguntó:

—¿Vió usted algo de particular cuando abrió la puerta de su cuarto?

—No, señor. Sólo una bujía en el suelo, y oí que se cerraba una puerta.

—¿Y nada más?—insistió.

—Una especie de risa extraña—murmuró Jane.

—¿Una risa? ¿No la había oído usted nunca hasta ahora?

—Sí, señor... es esa mujer tan extraña que se llama Gracia Poole.

—Es cierto... Gracia Poole es una mujer muy extraña, como usted dice. Meditaré qué se puede hacer con ella. Entretanto no diga a nadie nada de lo que ha ocurrido.

De pronto Rochester se acordó de la niña, y exclamó con un gran sobresalto:

—¡Adela! ¡Nos habíamos olvidado de la niña!

Corrieron los dos a la habitación de la pequeña y la encontraron dulce y plácidamente dormida, abrazando sus zapatillas de bailarina.

—¡He tenido un miedo espantoso de que le hubiera ocurrido algo malo! — exclamó Rochester, con un suspiro de alivio.

—¿Ha visto lo que tiene entre sus brazos? — sonrió Jane, mostrando las zapatillas.

—¡Pobre chiquilla! Procuraba consolarse de mi rudeza y de mi falta de comprensión. Tiene el baile metido en sus venas y la coquetaría en la medula de sus huesos. Hubo un tiempo en que tuve la desgracia de estar locamente enamorado de eso — añadió, mostrando la bailarina que había sobre la cajita de música — y de tener unos celos furiosos de él — concluyó, mostrando al pequeño bailarín—. El amor es una cosa muy extraña, señorita Eyre. Está uno persuadido de que una persona no tiene corazón, ni entrañas, ni escrúpulos, y se sufren las más espantosas torturas el día que aquella persona le traiciona a uno. De todos modos tengo el placer de pensar que metí un poco de plomo en los pulmones de mi rival.

—¿Y de la muñeca con vestido de bailarina? — inquirió Jane, interesada por la historia.

—Le dijimos a Adela que había muerto. La verdad no es tan conmovedora: le di una buena cantidad de dinero y la abandoné. Creo

que se marchó con un pintor italiano, dejándome a mí a la niña con el pretexto de que era hija mía. Deje que la acompañe hasta su habitación — dijo Rochester, precediendo a Jane con la bujía que alumbraba su camino a través de la casa en tinieblas.

Mientras cruzaban el pasillo larguísimo, Rochester continuó:

—Bien, señorita Eyre. Ahora que sabe que su discípula es el retoño de una bailarina francesa, supongo que vendrá a decirme que busque una nueva institutriz para la niña.

—Adela ha tenido tan poco cariño en este mundo, que voy a intentar hacerle conocer lo que es la ternura — replicó Jane, que estaba encariñada con la niña, y más ahora que la sabía abandonada de todos, incluso de su madre.

—¿Siempre se siente usted atraída hacia aquellos que no han conocido ni el amor ni la amistad? — preguntó Rochester, mirando intensamente a Jane.

—Siempre que lo merezcan.

—¿Cree usted que *mi* vida merece ser salvada? — inquirió, su-
brayando mucho sus palabras.

—Lamentaría mucho, señor, que le ocurriera a usted alguna desgracia — replicó Jane.

—¡Pero esta noche me ha salva-

do la vida, y quisiera darle las gracias como usted merece! Por lo menos, démonos un apretón de mano.

Jane tendió la suya en un gesto sencillo y emotivo, y él la cogió con vehemencia, estrechándosela, largo rato.

—Tengo la sensación de que ejerce usted un buen influjo en mí. Buenas noches, Jane.

En su voz vibraba una inusitada emoción y en sus ojos ardía un fuego insólito. Calló y miró a Jane intensamente, mientras sus labios le temblaban como si quisiera decir algo más.

—Buenas noches, señor — contestó la muchacha, que sentía, a través de la mano que retenía la suya, una oleada de vida llenarle el corazón.

Se separaron. Jane volvió a su alcoba con el alma invadida por un oleaje alegre y turbulento, en el que las olas de turbación iban sucedidas por otras de grato optimismo.

A la mañana siguiente la señora Fairfax entró en su habitación, como de costumbre, y después de saludar a Jane comentó el hecho ocurrido la noche anterior:

—¡Oh, señorita Eyre!... ¡Ha sido espantoso! Con un poco más mori-

mos todos achicharrados en nuestras propias camas.

—¿Dónde se ha marchado el señor Rochester? — preguntó Jane, que, a través de la ventana de su cuarto, había visto salir al señor Rochester seguido siempre de su fiel "Pilot".

—Dijo que iba a una fiesta que daban en Millcote. ¡Sólo Dios sabe el tiempo que estará fuera! Nunca se sabe nada cuando se trata del señor Rochester. Lo mismo puede ser un día, que un año, que un mes...—dijo la simpática viejecita, mientras trajinaba por el cuarto, poniendo orden en él.

Jane permaneció en silencio. No sabía cómo interrogar a la señora Fairfax. Unicamente sabía que necesitaba conocer la verdad de lo que ocurría en aquella casa y que la verdad había de saberla la señora Fairfax tan bien como el señor Rochester. Por eso, tras aquel silencio y un leve titubeo, murmuró:

—Señora Fairfax...

—Diga, querida.

—¿Le ha contado el señor Rochester cómo comenzó el fuego?

—¡Claro que sí! Estaba leyendo en la cama y se quedó dormido con la vela encendida... Una de las cortinas prendió en la llama de la vela y se despertó rodeado de fuego. ¿Por qué me lo pregunta?—in-

quirió, a su vez, la señora Fairfax.

—Porque... porque pensaba si ese fuego tiene algo que ver con la súbita partida del señor Rochester.

—¡Oh... no... no creo! ¿Qué relación puede tener una cosa con otra? Dijo esta mañana que estaba cansado de esta casa; que se aburría entre nosotros y que se le hacía deprimente e insoportable este ambiente...

Jane no contestó. Acaso la señora Fairfax no supiera nada del misterio de la torre. Pero ella tenía que saber; tenía que saberlo, fuera a costa de lo que fuese.

Cuando le pareció que nadie podía seguirla ni observarla, se encaminó a la puerta de la torre, la abrió con cautela y, temerosa, desasosegada, fué subiendo los peldaños anchos, de piedra, gastados por el tiempo, que conducían a lo alto del torreón, aquella escalera que la noche anterior había subido el señor Rochester y cuya ascensión ella había ido siguiendo por el reflejo de la vela que titilaba a través de las ventanas de cada rellano.

Cuando llegó a lo más alto salió a recibirla aquella mujer extraña a la que llamaban Gracia Poole, la cual, con un gesto amenazador y una voz bronca y áspera, le gritó:

—¿Qué viene usted a hacer aquí? ¡Nadie tiene permiso para subir!... ¿Lo entiende? ¡Nadie... nadie!... ¡Váyase!... ¡Váyase en seguida, o grito!

Ante aquella amenaza, Jane bajó corriendo las escaleras, cerró la puerta de la torre y fué a encerrarse en su habitación, intentando buscar un reposo espiritual que estaba muy lejos de sentir.

Pasó una semana, pasaron diez días y no llegaban noticias del señor Rochester. En vano Jane se preguntaba una y otra vez a qué podía atribuirse aquella huída loca precisamente en el momento en que parecía que una corriente de simpatía y de mutua comprensión iba a unirles en firme amistad.

Pasaron unos días más, pero no llegaban noticias de Rochester.

Jane buscó un lenitivo a su tristeza y a su depresión, en la alegría sana de Adela, con la que daba grandes paseos por la campiña, ya a pie, ya en el cochecillo que en una ocasión Rochester había regalado a la pequeña.

Una tarde, cuando volvían de uno de aquellos paseos, encontró Jane en la casa una inusitada efervescencia. La señora Fairfax iba de un lado a otro apresuradamente y daba disposiciones y órdenes a todos los criados.

El señor Rochester iba a llegar acompañado de un gran grupo de invitados, y toda la casa estaba en danza para alojarlos debida y confortablemente.

Jane se detuvo en medio del amplio vestíbulo y miró a su alrededor extrañada de todo aquel aparato, del que nadie la había prevenido, y la señora Fairfax corrió a ella, diciéndole, acalorada por la momentánea invasión de la casa:

—¡Gracias a Dios que ha llegado, querida! El señor Rochester es un hombre tan difícil... ¡Le, ven pronto; tú me ayudarás a instalar a las señoras!—añadió, dirigiéndose a una de las doncellas que iba de un lado a otro llevando los equipajes.

—Sí, señora —replicó Le, corriendo a cumplir las nuevas órdenes.

La señora Fairfax volvió a dirigirse a Jane, que lo miraba todo con ojos asombrados:

—Figúrese, comparecer con tanto invitado sin previo aviso... sin decirme el número de huéspedes que va a traer... Sólo ha dicho que preparase las mejores habitaciones y que tomara más servicio en el pueblo... ¡En el pueblo! Como si la gente del pueblo supiera cumplir con sus obligaciones como los cria-

dos que ya hace tiempo que están en la casa...

—¡Ya llegan!... ¡Ya llegan!... —murmuró uno de los criados, precipitándose hacia el patio central, para recibir a la comitiva.

Jane se acercó a la ventana y la señora Fairfax la siguió, y, desde allí, vieron llegar a cuatro jinetes seguidos de dos coches abiertos llenos de plumas y velos flotantes. Dos de los jinetes eran jóvenes y arrogantes; el tercero era el señor Rochester que iba montado en su caballo favorito y seguido de su fiel "Pilot" que nunca se separaba de su lado. Rochester iba emparejado con una amazona elegantísima y bella y los dos marchaban a la cabeza del grupo. La falda roja del traje de amazona de la dama, rozaba casi el suelo y el viento hacía ondear su velo bajo el cual brillaba el oro de sus cabellos.

—¿Quién es esa señora que monta al lado del señor Rochester?—preguntó Jane a la vieja ama de llaves.

—Es Blanca Ingram. ¿No ha oído hablar nunca al señor Rochester de la señorita Ingram? Es... como si fuera su novia—añadió, en tono confidencial—. No me extrañaría que cualquier día nos dijera que iba a casarse con ella. ¡Es una muchacha tan encantadora!

Jane no contestó. Todo el tropel juvenil estaba ya en el interior de la casa y se escuchaban sus voces y sus risas. La señorita Ingram era la que ocupaba el centro de la atención de todos, desde los amigos que con ella llegaban, hasta el último de los criados, puesto que todos se daban perfecta cuenta de que era la predilecta del anfitrión y todos procuraban ponerse a tono con su favoritismo.

Jane se escabulló discretamente y subió la escalera para ir a reunirse con Adela a la que encontró apoyada en el descansillo, con la barbilla sobre la baranda y una honda tristeza reflejada en sus ojos negros, siempre parlanchines y alegres.

—Adela... ¿por qué no estás en tu habitación? —le reprochó tiernamente Jane.

—¡Oh... mademoiselle... déjeme mirar!—suplicó la niña, mimosa.

—No, encanto... van a subir y no pueden encontrarte aquí fisco-neando... Anda, vamos.

La cogió de la mano y la llevó hacia su habitación, pero tuvo tiempo de escuchar este breve diálogo cruzado entre dos de las invitadas que subían para ir a tomar posesión del cuarto que se les había destinado:

—¿No te decía yo que Blanca

había echado el anzuelo para que picara?

—Sí... es muy romántico... y sobre todo... ¡tiene tanto dinero!

Jane se encerró en su cuarto y se sentó frente al espejo, contemplando su rostro con melancolía. No, ella no había sido bonita, ni lo sería nunca... ¡Nunca podría competir con una Blanca Ingram!

La señora Fairfax la sacó de su abstracción:

—Señorita Eyre, el señor Rochester dice que baje usted a la niña al salón después de la comida, porque quieren conocerla.

—Pero Adela se puede presentar sola — replicó Jane, atemorizada ante la idea de comparecer ante todo aquel grupo aristocrático que la miraría con desdén y que la humillaría con su indiferencia.

—El señor Rochester ha dicho que bajara usted con ella.

—Lo ha dicho únicamente por educación.

—Es lo que he pensado y le he dicho que usted no estaba acostumbrada a la alta sociedad. Me ha contestado muy secamente: "No importa... Si se opone a bajar iré yo mismo a buscarla". Arréglese lo mejor que sepa, querida. Yo la ayudaré. Ya verá cómo bien peinada y con el vestido nuevo estará usted muy bonita. Póngase el

vestido negro, que le sienta muy bien. Así, así estará usted estu-penda.

Con mucha emoción vió Jane acercarse la hora de hacer su entrada en el salón acompañando a la niña. Adela había atisbado ya varias veces a través de las cortinas el aspecto del comedor en donde se hallaban reunidos todos los invitados, y estaba excitada y nerviosa a la sola idea de poder aparecer ante un público distinto de las gentes de todos los días.

Cuando vió que la comida terminaba, fué a avisar a Jane, muy contenta:

—¡Vamos... ya vienen al salón! ¡Ahora nos presentarán!

Jane esperó en el salón, en pie, a respetuosa distancia, saludando con una gracia genuina e innata a todos los que iban entrando. Adela desplegó todos sus encantos infantiles, impregnados de coquetería y de graciosa infantilidad.

—Buenas noches, señora — decía, haciendo una reverencia.

—Buenas noches, encanto... ¿cómo te llamas?

—Adela...

Fueron entrando todos. Acaso las más distinguidas fueran Blanca Ingram y su madre. Blanca era una muchacha bellísima, de proporcionadas y esbeltas líneas, de ros-

tro perfecto encuadrado por unos rizos dorados que le desbordaban sobre los hombros en graciosos bucles. Unicamente le pareció a Jane descubrir en su gesto algo altanero, duro, orgulloso, que desmerecía del encanto de su figura.

Blanca se movía bien en los salones, tocaba el piano, cantaba, sabía hablar a cada uno de las cosas que pudieran interesarle; pero se veía en seguida que no era buena, que su corazón estaba endurecido por el exceso de vanidad que la dominaba y por el ansia de sobresalir entre todos que la hacía aparecer a los ojos de los demás como una mujer fatua y sin sentimiento.

Jane contempló a Blanca, sentada al piano, tocando una balada sentimental, y a su lado a Rochester, en actitud galante, olvidada su aspereza, volviendo las hojas de la partitura y sonriendo a aquella muñeca encantadora, pero muñeca al fin: una maravillosa porcelana, sin alma, sin vida, sin fuego en las venas...

Adela estaba sentada en un sofá entre dos invitados, y escuchaba con adorable atención. Y cuando Blanca terminó su canto, después de los aplausos y las felicitaciones, se acercó al dueño de la casa y le preguntó, con su grave acento de niña que quiere ser escuchada:

—¿Me deja cantar a mí ahora, señor Rochester?

—Creo que por hoy ya tenemos bastante música — replicó Rochester, acariciando dulcemente la mejilla de Adela.

Blanca dirigió a la niña una larga mirada inquisidora y luego se volvió a Rochester, preguntándole, con una fingida ingenuidad que enmascaraba la perversidad de su intención:

—¡Pero, Eduardo..., si yo creía que no te gustaban los niños!

—Y no me gustan — replicó Rochester, frunciendo aquel ceño que le daba el aspecto de un oso enojado. Vete, querida — añadió, empujando suavemente a Adela.

—Si no te gustan los niños... ¿qué te ha inducido a adoptar a esa muñequita francesa? ¿De dónde la sacaste?

—No la saqué de ninguna parte; la pusieron en mis manos.

—Supongo que debes tener una institutriz para la niña... La he visto hace un momento... ¿Se ha ido ya?

Jane estaba alejada del bullicio, sentada en el más apartado rincón, trabajando en un bordado, procurando pasar inadvertida para todos. Blanca la descubrió, con sus ojos de lince, siempre prontos a herir o a dañar.

—¡Oh, no, no se ha marchado... está allí!... Tendrías que oír a mamá lo que cuenta de las institutrices—añadió Blanca, perversamente, queriendo sembrar en el corazón de Rochester la desconfianza.

Intervino en la conversación la señora Ingram:

—¡Oh... las institutrices! ¡No me hable de ellas!—suspiró, elevando los ojos al cielo—. No sabe usted bien el martirio que me hicieron pasar cuando mis hijas eran pequeñas... Las más inteligentes son detestables... y las otras son grotescas...

Jane, hasta la que llegaban aquellas palabras que la zaherían como puñaladas, se levantó discretamente y salió del salón; pero Rochester fué a su encuentro y la detuvo, llamándola por su nombre.

—Jane... ¿cómo está usted?—le dijo, saludándola con una voz que procuraba fuese tierna y amable.

—Muy bien, señor—contestó Jane, cohibida por la presencia de Rochester al que veía frente a ella por primera vez después de aquella noche memorable, que ella no había olvidado nunca.

—¿Por qué no ha ido a saludarme en el salón? ¿Por qué no me ha dirigido la palabra?

—No he querido molestarle,

viéndole tan entretenido con sus huéspedes, señor.

—¿Qué ha hecho usted durante mi ausencia?—preguntó Rochester, que parecía más interesado en hablar con Jane que en estar al lado de sus invitados.

—Nada de particular; enseñar a Adela, como de costumbre.

—Sí... y quedarse más pálida que de costumbre, también. ¿Qué le pasa?

—Nada, señor—contestó Jane, muy turbada por el interés que demostraban las palabras de Rochester.

—¿Cogió frío la noche del incendio?

—No, señor.

—Vuelva al salón, se lo ruego... Es muy pronto para retirarse—le dijo, con entonación tan dulce que Jane casi no reconocía en aquella voz la voz dura y hosca de Rochester.

—Estoy un poco cansada—arguyó Jane, que deseaba encerrarse en su habitación para dar rienda suelta a su amargura.

Rochester la miró profundamente y le dijo:

—Sí, fatigada y deprimida...

—No, señor, no estoy deprimida—aseguró Jane, sin gran firmeza, porque, en realidad, una honda,

una intensa depresión invadía su ánimo.

—Pero si yo lo estoy viendo...—replicó prestamente Rochester con vibraciones suaves en su grave voz varonil—. Unas palabras más y habrá lágrimas en sus ojos... ¡Si ya las hay! ¡Si están ahí, brillantes, a punto de desbordarse!...

Jane bajó la cabeza, vencida. Rochester tenía razón. No hubiera podido explicar bien de qué provenía aquella tristeza; pero estaba triste, infinitamente triste.

Un campanillazo de la puerta que daba al exterior, interrumpió la conversación.

—¿Quién diablos será?—murmuró Rochester, que no gustaba de ser interrumpido nunca, y mucho menos en aquellos momentos.

Un criado fué a anunciar a su señor que un caballero que decía llamarse Mason y venir de Jamaica, deseaba hablar con él.

—Mason, de Jamaica...—repitió Rochester, que había cambiado por completo la expresión de su rostro al escuchar aquel nombre.

Luego, cogiendo la mano de Jane, le dijo en un raptó de sinceridad que conmovió a la muchacha hasta lo más íntimo de las fibras de su ser:

—Jane, quisiera vivir en una isla solitaria, únicamente con usted, le-

jos de todas las preocupaciones y todos los peligros y toda la odiosa y abrumadora carga de un pasado...

—¿Puedo ayudarle en algo, señor?—interrogó Jane, que comprendía bien lo dolorosa que era para Rochester la visita de aquel desconocido.

—Si puedo encontrar alguna ayuda, prométame que será siempre usted quien me la dé... Jane—prosiguió, con la voz cada vez más dulce, más tierna, más íntima—, si todos los que están en el salón vieran ahora contra mí y me apalearan... ¿qué haría usted?

—Arrojarlos violentamente de la casa, si me fuera posible—contestó Jane, que se dejaba arrastrar por la emoción que la iba invadiendo y por la infinita dulzura que las palabras de Rochester producían en su alma.

—Si tuviera que pedirles un favor, y cada uno de ellos me volviera la espalda con indiferencia, y me abandonara uno tras otro... ¿qué haría usted? ¿Se marcharía con ellos?

—Me quedaría a su lado, señor—afirmó Jane con sinceridad.

—¿Para consolarme?

—Sí, señor; para consolarle del mejor modo que yo supiera...

Rochester estrechó expresivamente la mano de la muchacha.

Quedaba sellado un pacto entre los dos. Y ahora ya se sentía con fuerza bastante para arrostrar todos los peligros, fueran los que fuesen. Arrogante, altivo, salió al vestíbulo donde estaba aguardando aquel que acababa de llegar de Jamaica.

—¡Eduardo! — exclamó el desconocido, tendiendo una mano indiferente al dueño de la casa, que éste no estrechó.

—No soy lo bastante hipócrita—dijo en tono helado—para decirte que seas bienvenido a esta casa... Sígueme...

Los dos hombres cruzaron corredores, llegaron hasta aquella puerta del torreón que estaba prohibida a todo el mundo, abrióla Rochester y emprendieron la ascensión hasta lo más alto de la torre.

Poco tiempo había transcurrido cuando un grito agudo, salvaje, estremecedor, rompió la calma de la casa, recorriendo de extremo a extremo todos los rincones de Thornfield.

—¿Qué pasa? — se preguntaban los invitados, que se habían ido retirando a sus habitaciones.

—¿Qué ha sido ese grito espantoso?—se decía Jane, sobrecogida por lo que hubiera podido ocurrir al señor Rochester.

—¿Dónde está Eduardo?—murmuraba Blanca Ingram, buscando

por todas partes a aquel a quien ella había elegido como blanco de todas sus artimañas femeninas.

—¿Dónde diablos está Rochester?—gritó un coronel, sacando su pistola y disponiéndose a luchar contra quien fuera.

—Aquí... aquí estoy—replicó la voz tranquila de Rochester, que llegaba en aquel momento con la sonrisa en los labios, como si nada hubiera ocurrido.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sido ese grito? ¿Está usted ileso? —le preguntaron, precipitándose a su alrededor.

—No ha pasado nada... Vamos, coronel, guarde esa pistola... Las armas de fuego no son buenas para disipar pesadillas.

—¿Ha sido sólo una pesadilla? —preguntó Blanca.

—Eso ha sido todo. Una de las criadas ha tenido una pesadilla y se ha despertado pidiendo socorro... La moraleja es: no hacer abundante cena para tener un sueño tranquilo y reparador—concluyó, bromeando—. Y ahora, señoras y caballeros, pueden ir a sus habitaciones a descansar... Blanca, sé tú la primera en dar el ejemplo—ordenó Rochester, con aquel su aire autoritario al que nadie sabía resistirse.

—Buenas noches, Eduardo—mur-

muró la señorita Ingram, muy coqueta, ofreciendo la más encantadora de las sonrisas al que ya creía tener prendido en sus redes.

—Buenas noches, valerosa Blanca... Que tus sueños sean dulces, como tú...

Jane, al escuchar aquellas palabras, sintió que en su corazón se rompía algo doloroso y extraño. Rochester era un hombre original; pero nunca pensó que pudiera ser perverso, y, sin embargo, ahora, con aquellas palabras, se mostraba duro y malvado para con ella... Acaso había pronunciado aquellas palabras inconsciente del dolor que causaba con ellas... Sí, prefería pensar que habían sido inconscientes; así sufría menos.

Se retiró a su habitación llorosa y afligida; inquieta también por todo lo que había ocurrido, porque acaso ella fuera la única que no creía, que no podía creer en que todo aquello no hubiera sido más que una simple pesadilla de una de las criadas.

Pocos minutos hacía que estaba encerrada en su cuarto, cuando la voz de Rochester la llamó desde la puerta:

—Jane... ¿está despierta?

—Sí, señor.

—Entonces salga sin hacer ruido... La necesito.

Jane se apresuró a abrir la puerta y se encontró frente a Rochester que llevaba en la mano una bujía.

—Sígueme... pero le suplico que no haga ruido...

Jane le siguió en el más absoluto silencio, caminando como si sus pies no rozaran el suelo. Siguió los largos corredores, llegaron hasta la puerta del torreón y Jane comprobó, con el mayor estupor, que Rochester comenzaba a ascender la misteriosa escalera. Sin titubear, le siguió.

Subieron las escaleras y Rochester se detuvo en el oscuro corredor del último piso.

—¿No le asusta la sangre?—preguntó.

—No, lo sé, señor; nunca lo he probado—contestó Jane, estremeciéndose, no de frío ni por debilidad, sino por el terror que le ocasionaba el misterio que envolvía el torreón.

—Deme la mano—dijo Rochester, tomándola sin esperar a que Jane la ofreciera—. Bien, no tiembla ni está fría... No hay peligro de un desmayo... Es preciso prevenirlo todo.

Abrió la puerta, pero no del todo. Antes de seguir adelante, todavía añadió:

—Jane, lo que va a ver le oca-

sionará extrañeza, acaso miedo, quizá horror... Le suplico que no quiera buscar una explicación concreta a todo ello... que no se esfuerce en comprender... Sean las que sean las apariencias que puedan acusarme... debe tener fe y confianza en mí.

Jane asintió sin palabras y siguió a Rochester hasta una habitación en la que había un lecho. Al lado de la cabecera había una butaca y en ella sentado estaba un hombre sin chaqueta. Tenía los ojos cerrados y recostada la cabeza en el respaldo del asiento. A la luz de la bujía de Rochester, Jane reconoció en aquella pálida faz a Mason, el que había llegado a la casa una hora antes. Su camisa estaba empapada en sangre.

—Jane... la voy a dejar sola unos momentos, acompañando a este caballero, mientras yo voy a buscar al médico... Lávele la herida, así... —dijo, mientras con una esponja que iba empapando en el agua de una jofaina, iba quitando la sangre del pecho y del brazo del herido, al que había ayudado a acostarse—. Si se desmaya, aplíquele agua a los labios y déle a oler las sales. No le hable bajo pretexto ninguno si vuelve en sí. ¿Me comprende? Ocurra lo que ocurra, no se mueva de su lado... Ocurra lo que ocurra...

no abra ninguna de las dos puertas —ordenó, señalando la que daba a la escalera y otra que estaba cerrada herméticamente, con una gruesa barra de hierro y un enorme candado.

La muchacha se sentó junto a la cabecera del herido, sin pronunciar una palabra, y vio a Rochester salir de la habitación, cerrando tras sí la puerta y dejándola sola allí, entre aquel sombrío ambiente que la sobrecogía y la asustaba.

Del lado de la escalera no llegaba el menor ruido; del otro lado de la puerta tan severamente cerrada llegaban gritos extraños, quejidos que parecían lanzados por la garganta de una fiera, carcajadas estridentes que helaban la sangre en las venas.

Jane sentía un miedo extraño, como jamás lo sintiera. ¿Qué clase de criminal tenía Rochester encerrado tras aquella puerta? ¿Por que no podía expulsar ni someter a aquella persona que estaba allí, y que era una constante amenaza, que se deshacía ya en llamas ya en sangre?

Se le hicieron eternos los minutos que estuvo sola. Cuando chirrió la llave en la cerradura de la puerta que daba a la escalera, dió un suspiro de alivio; al lado de Rochester nada la asustaba, nada la intimidaba.

El señor Rochester entró y, con él, el médico que había ido a buscar.

—Doctor — le dijo, severamente —, le doy media hora para curar la herida, vendarla y poner a este hombre en condiciones de marcharse.

Mason abrió los ojos y reconoció a Eduardo Rochester:

—Temo que estoy muy mal, Eduardo — murmuró con una voz pálida y desfallecida.

—No es nada. ¡Animo! Has perdido mucha sangre, y eso es todo.

—Me ha mordido... me ha arrancado la carne con sus dientes... como si fuera un tigre... —susurró—. Decía que me arrancaría el corazón con sus dientes... mientras me mordía...

—Calla, Mason, calla... olvida lo que ha pasado — dijo Rochester. Luego se volvió a la muchacha y la llamó:

—¡Jane!

—Sí, señor.

—Vaya a mi cuarto y traiga ropa con la que pueda vestirse el señor Mason. Un abrigo será lo más conveniente. Luego abra la puerta del pasadizo, allí hay un coche esperando. Vea si el cochero está dispuesto para partir en seguida. Bajaremos dentro de pocos minutos.

Jane salió a cumplir las órdenes

que el señor Rochester acababa de darle y éste, volviéndose furioso al herido, le gritó, cuando ya la muchacha no podía escucharle:

—¡Ya te decía que no vinieras a esta casa! ¡Ya te lo había repetido mil veces!

—Pero creí que mi presencia podría hacerle algún bien... —murmuró Mason, mientras el médico le iba vendando la herida.

—¡Creías!... ¡Creías!... Vamos, doctor, dése prisa; hemos de acabar pronto.

Se paseó a lo largo de la habitación y se detuvo frente a la puerta clausurada:

—He intentado en vano evitar todo escándalo... Quería que nadie se expusiera inútilmente... Pero todo ha sido inútil...

Como el doctor había ya terminado su cura, los tres hombres bajaron, conduciendo entre Rochester y el médico al herido, que estaba muy débil por la sangre perdida.

En el patio exterior esperaba el coche, al que subieron el médico y el herido.

—Cuídele bien y téngalo en su casa hasta que esté completamente restablecido — dijo Rochester.

—Eduardo... — murmuró Mason, desde el interior.

—¿Qué pasa?... ¿Qué quieres?—
inquirió Rochester.

—Cuidala bien... y trátala lo mejor que puedas...—murmuró, con la voz velada por el llanto.

—Lo haré lo mejor que sepa, como siempre lo he hecho y como continuaré haciéndolo — aseguró Rochester.

El coche partió, alejándose rápidamente al trote del caballo. Rochester murmuró:

—Jane... venga a mi lado y estése conmigo unos minutos... El aire fresco nos hará bien a los dos... Esta casa no es más que un calabozo, un sepulcro... Aquí, en cambio, todo es fresco, puro, suave—murmuró, respirando a plenos pulmones el ambiente nítido que la naturaleza le brindaba.

Caminaron un rato en silencio, por un sendero circundado de boj. La mañana de primavera se anunciaba radiante. El sol comenzaba a apuntar y besaba los árboles tiernos y las flores que abrían sus corolas temblorosas por la caricia del rocío.

—Ha pasado usted una noche de pesadilla, Jane, y está un poco pálida.

Jane, en lugar de contestar a las palabras de Rochester, preguntó:

—¿Seguirá viviendo en esta ca-

sa, esa mujer extraña a la que llaman Gracia Poole?

—Sí; Gracia Pole continuará viviendo aquí—afirmó Rochester con voz lenta y seria.

—¿Después de lo que ha pasado esta noche?...—murmuró Jane, sobrecogida de terror.

—No me obligue a darle explicaciones — replicó Rochester con severidad envuelta en ternura—. Sólo le ruego que tenga fe en mí, que me crea... cuando le aseguro que hay razones, poderosas razones para que yo obre como he obrado hasta ahora... ¿No es usted mi buena, mi fiel amiga?—preguntó, mirando hondamente a Jane.

—Deseo serle siempre y en todo útil... en todo lo que sea recto y justo—añadió Jane.

—Y si le pidiera que hiciera usted algo que, a su juicio, no fuera justo, ¿qué haría usted? Mi buena amiga me volvería la espalda con su tranquilidad inalterable, con su dulce palidez, y me diría... "Oh, no, señor, no puedo hacer eso... ¡Es imposible!" ¿No es cierto?

Jane sonrió con dulzura, sin replicar. A Rochester, aquella muchacha se le antojaba como una estrella luminosa, lejana e inaccesible. La miró un momento y luego continuó:

—Jane, voy a recurrir a su ima-

ginación, a su fantasía... Figúrese usted que no es una muchacha bien educada y distinguida... sino un muchacho, impetuoso, irreflexivo, mimado en la niñez... Imagínese usted en un país lejano, remoto... y dé como posible que usted cometiera un error, un grave error, no importa de qué clase ni por qué motivos, pero cuyas consecuencias le persiguen a lo largo de toda su vida y amargan por completo toda su existencia. Y en su desesperación, agobiado por los recuerdos, busca en el placer el olvido de sus males... De pronto, el destino, le ofrece la posibilidad de una magnífica regeneración, pone en sus manos, o al alcance de ellas, la verdadera felicidad... ¿Encontraría usted justificado saltar sobre un obstáculo, un impedimento meramente convencional, que ni la conciencia santifica, ni la razón aprueba?... Contésteme, Jane...

—¿Que puedo yo contestarle, señor? Cada conciencia debe tomar sus resoluciones y trazarse su camino...

—¿Pero y si uno es incapaz de trazarse su propio camino? ¿Si le sobrecoge a uno el temor de humillar y avergonzar al ser a quien más se ama... o el miedo a destruir la vida de aquella a quien más se desea proteger? ¿Oh, Jane, no

me atormente obligándome a hablar así!—exclamó, exaltándose.

—¿Atormentarle yo?... — murmuró Jane, sonriendo débilmente, pensando en la tortura que él le había infligido la noche anterior.

—Jane... asegúreme que usted me ayudará a salvarme — suplicó Rochester, cogiendo entre las suyas una de las manos de la joven—. ¿Qué fría está su mano! Anoche estaba más tibia, a la puerta de la habitación misteriosa... El miedo no la hizo temblar... ¿Qué la hace temblar ahora, Jane?... ¿Cuándo volverá a pasar conmigo otra noche en vela? — preguntó, apremiando a Jane que estaba turbadísima.

—Siempre que usted me necesite, señor...

—Por ejemplo... la noche antes de mi boda... ¿querrá sentarse a mi lado, en el salón, y hacerme compañía? Estoy seguro de que esa noche no podré dormir.

—¿Va usted a casarse?—inquirió Jane, con temblores de llanto en su voz.

—Alguna vez... ¿por qué no? Supongo que usted se imagina que ninguna de esas muchachas puede quererme... Pues está usted equivocada... ¡No las conoce!... Acaso no admiren mi físico, ni mi modo de ser... ¡pero se sienten irremisi-

blemente atraídas por mi dinero!

Blanca y Adela llegaban en aquel momento e interrumpieron las últimas palabras de Rochester.

—Buenos días, Eduardo... ¡Nunca pude imaginar que dejaras abandonados a tus huéspedes! Un anfitrión correcto y educado procura siempre tenerlos entretenidos y no los abandona ni un instante.

—Mi querida Blanca — replicó Rochester, sin inmutarse—, ¿cuándo aprenderás que yo jamás soy correcto, ni jamás podré serlo?

Jane se alejó discretamente. Aquella interrupción le había hecho recordar que Rochester sería algún día el esposo de la señorita Ingram, y que ella no dejaría nunca de ser nada más que una simple institutriz, con la que se habla en algún rato de ocio o cuando el corazón está tan lleno de amargura que hay que volcarla en quien quiera que sea.

Lentamente, entristecida, segura de que su destino era vivir siempre sola, infinitamente sola, caminó en dirección a la casa dejando en entera libertad al señor Rochester para que pudiera hablar con su novia.

* * *

Aquella tarde estaban reunidos los huéspedes de Rochester en el salón de billar. Las señoras charlaban entre ellas mientras los caballeros jugaban una interesante partida. A través de la puerta que daba al gran salón, llegaba la voz de Blanca Ingram que cantaba acompañándose al piano.

La señora Ingram, que no perdía ocasión de acercarse más y más a los dos jóvenes, a fin de llegar a conseguir que Rochester fuera su yerno, se acercó a éste y le dijo, dedicándole la más amable de sus sonrisas:

—Estoy muy contenta, Eduardo, muy contenta... Ya me ha dicho Blanca que se venía usted con nosotros a Londres.

—¿Eso ha dicho? ¡Bah... todavía no estoy muy seguro de ello!—replicó Rochester en tono frío y cortante.

Jane entró en aquel momento en el salón de billar, buscando con sus ojos algo, pero se quedó parada en la puerta, desconcertada al ver que se hallaban allí reunidos.

—Creo que te están buscando... —murmuró Blanca, dirigiéndose a Rochester, que no se había dado cuenta de la presencia de Jane.

—Perdone, señor... no sabía que estaba usted ocupado — murmuró Jane.

—Bien, señorita Eyre... supongo que las señoras sabrán excusarme...

—replicó Rochester, abandonando el salón y siguiendo a Jane Eyre.

Fueron a la biblioteca. Rochester miraba a Jane interrogador. Comprendía que la muchacha iba a decirle algo grave, pero no acertaba a adivinar qué.

—¿Bien?... — musitó, para animarla.

—Perdone, señor... pero me han dicho que mañana por la mañana, temprano, se marcha con sus invitados... y quisiera pedirle a usted que me hiciera un certificado de buena conducta...

—¿Para qué demonios quiere usted ese certificado?—gritó Rochester, extrañadísimo de la petición.

—Quiero buscar una nueva colocación... Yo... Usted mismo me ha dicho que iba a casarse pronto.

—Sí, ¿y qué tiene que ver eso?

—En este caso, Adela irá al colegio...

—¿Para que no moleste a mi esposa? Vamos, Jane, un poco más de sentido común en sus ideas... Adela, según cree usted, tiene que ir al colegio... y usted se tiene que ir al diablo, ¿no es esto?—dijo Rochester, con aquella su brusca familiaridad.

—Espero que no... a no ser que

sea el propio diablo el que conteste a mis anuncios.

—¿Sus anuncios? ¿Quiere usted decir que ya se ha anunciado, buscando nuevo empleo?

—Todavía no, señor... pero lo haré—replicó Jane con energía.

—¡No hará cosa semejante! —ordenó la voz vibrante y dura de Rochester—. Cuando venga el tiempo en que deba usted buscar nueva colocación, seré yo mismo el que se la busque... ¿Me ha entendido?

—Está bien, señor Rochester —replicó Jane, humildemente, vencida, como siempre, por la fuerza moral de aquel hombre, superior a toda otra fuerza.

—Está bien, señorita Eyre... Buenas tardes...

Jane estimó que Rochester daba por terminada la entrevista y se encaminó hacia la puerta, pero la voz de Eduardo la detuvo:

—Jane... ¿es eso todo lo que tiene que decirme? Parece como un aguijonazo... Me duele esa despedida tan fría, tan poco amistosa... ¿No quiere despedirse de mí más que con esas palabras tan faltas de sentido?

—Bien, señor... podemos estrecharnos las manos en señal de despedida—dijo Jane, acercándose de nuevo a Rochester.

—¡Oh!... ¿De veras quiere darme un apretón de manos?

Rochester cogió con efusión las dos manos de Jane y las estrechó largamente. Sus ojos se posaron, hondos, apasionados, intensos, en las dulces pupilas de la muchacha, y sus labios temblaron un poco cuando le dijo, como si se lo dijera para toda la eternidad:

—¡Adiós... Jane!...

Rochester dejó a la muchacha, a aquella criatura que despertaba en él todos los buenos instintos dormidos en lo más hondo de su corazón desde hacía muchos, muchos años, a aquella mujer que en nada se parecía a todas las demás mujeres a las que había tratado, porque el corazón de Jane Eyre se conservaba puro, su alma inocente y su espíritu, forjado en el dolor, tenía toda la nítida claridad de una aurora resplandeciente.

Pocas horas después, Rochester hablaba con Blanca Ingram, apoyados los dos en la balaustrada de la gran terraza que abría sobre el campo.

—Thornfield es un lugar maravilloso—decía Blanca, para congraciarse con aquel hombre que se le escabullía de las manos cuando creía tenerlo más seguramente cogido.

—Sirve maravillosamente para su

fin... Es un sepulcro magnífico—replicó Rochester.

—¿Sepulcro? ¡Pero si es un verdadero paraíso! Claro que, para vivir siempre aquí, ha de resultar un poco aburrido, pero pudiendo tener una casa en Londres... —insinuó Blanca, a quien las dulzuras del campo aburrían soberanamente.

—Claro... ¡Pudiendo tener una casa en Londres!—repitió Rochester con ironía—. Y un pequeño piso en París... y una villa en el Mediterráneo...

—¡Oh... sería un sueño!—asintió Blanca—. Thornfield quedaría siempre aquí, esperando, como un refugio seguro cuando uno estuviera fatigado del mundo... Sería como un oasis de paz... y de amor...

—¡Amor!—murmuró Rochester con acritud—. ¿Quién habla de amor? Todo lo que uno necesita es distracción... Una casa llena de mujeres bonitas que le hagan olvidar todo lo malo y todo lo feo... que le tengan apartado de todas las desgracias que aprisionan misteriosamente su corazón...

—...si es que tiene corazón—concluyó Blanca, mirando fijamente a Rochester.

—¿Cómo?—interrogó éste, que no esperaba aquella salida intempestiva por parte de la frívola muchacha.

—Sí, Eduardo, muchas veces pienso si realmente tienes o no tienes corazón.

—¿He hecho algo o he dicho algo para hacerte creer que yo tenía corazón? Si ha sido así, puedo asegurarte que no tuve la intención de hacerlo—afirmó él, muy serio, irguiéndose con altivo orgullo.

—¿Hablas en serio?

—Nunca he hablado tan en serio como en este momento... excepto, quizá, cuando estoy comiendo y opino acerca de lo que como—replicó Rochester, con desenfado.

—Eduardo... ¿cómo puedes ser tan grosero, tan vulgar, tan descortés?

—¿Es que alguna vez he dejado de serlo?—inquirió él, extrañado—. ¿Es que puedo dejar de serlo?

—Sí, Eduardo, puedes dejar de serlo... ¿Por qué hubiera yo venido a Thornfield, si tú no pudieras dejar de ser como eres?

—¡Ah... esto es muy amable por tu parte, Blanca! ¿Hubieras o no hubieras venido? Vamos a considerar el caso desde diversos puntos de vista: primero, el señor Rochester es un grosero, un ser vulgar y descortés y más feo que un pecado...

—Jamás he dicho cosa semejante—interrumpió Blanca.

—Confiesa, querida, que soy más

feo que un pecado—afirmó él—. Segundo: algunas veces ese ser vulgar flirtea... pero jamás habla de amor... o de matrimonio... Sin embargo, y este es el tercero y más importante de todos los puntos, la señorita Ingram está un poco enamorada... porque ese vulgar y descortés señor Rochester, tiene una renta de algunos millones anuales... y en vista de ello, ¿cuál es la actitud de la señorita Ingram? Ignorar en absoluto todos los defectos del señor Rochester... hasta que lo tenga bien agarrado y haya conseguido llevarlo al altar...

Blanca sintió que una oleada de sangre le subía al rostro, que la humillación y la vergüenza se desbordaban por todo su cuerpo. Se irguió, como si una víbora la hubiera picado, y gritó:

—¿Qué está usted diciendo? ¡Jamás me habían insultado de un modo tan infamante!

—¿Insultado?—inquirió Rochester, sin perder su perfecta calma—. No, querida, únicamente he querido hacerle la gracia de ser completamente sincero con usted, para que nunca pudiera llamarse a engaño.

—Es usted un villano y un ser despreciable... —murmuró Blanca, alejándose precipitadamente, mien-

tras Rochester daba un gran suspiro de alivio.

A la mañana siguiente, los coches que les habían conducido a Thornfield se llevaban de nuevo a aquellos invitados. Rochester, desde lo alto de las escaleras que descendían hasta el patio, miraba alejarse a aquellos amigos que le habían hecho compañía durante unos días y que habían contribuido a que encontrara él, en su interior, aquel ser que allí estaba dormido y que al fin despertaba con toda su pujanza.

Jane se acercó a él. Estaba llorosa, pálida, enflaquecida.

—Creí que usted también se marchaba—dijo, sonriendo ante la idea de que Rochester se quedaba en Thornfield.

—Cambié de opinión... Mejor dicho, fueron las señoras Ingram las que cambiaron de opinión... Pero, ¿por qué está usted llorando?—preguntó, al darse cuenta del brillo de lágrimas que había en los dulces ojos de la muchacha.

—Ha estado pensando en la pena que me daría tener que abandonar Thornfield—contestó.

—Ha puesto usted mucho cariño a esa locuela que se llama Adela, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y también a la buena señora

Fairfax, que es como una abuelita cariñosa para usted...

—Sí.

—¿Le da pena dejarlas?

—Sí.

—Así es siempre en la vida... En cuanto se encuentra un oasis de paz, en cuanto cree uno haber hallado una felicidad tranquila y sosegada... tiene que marcharse a otra parte y comenzar de nuevo.

Se callaron los dos; los dos tenían el corazón lleno de amargura y de tristeza; pero ninguno de los dos quería confesarlo.

—Como le dije, señor, lo tendré todo a punto para cuando usted me dé la orden de partir—dijo Jane, rompiendo un silencio demasiado pesado para ambos.

—Ese momento ha llegado ya—replicó Rochester.

—Así... ¿todo está arreglado?—inquirió Jane con un hilillo de voz, porque las fuerzas le faltaban.

—Todo está arreglado... incluso su futuro—replicó él.

—¿Me ha encontrado ya colocación?

—Sí, Jane... En el Oeste de Irlanda... Creo que le gustará a usted mucho Irlanda. La gente de allá es cariñosa y efusiva...

—¡Pero está tan lejos, señor!...

—murmuró la muchacha, acongojada.

—¿Lejos... de qué, Jane?

—De Inglaterra... y de Thornfield—dijo ella, muy lentamente, como pesando cada una de sus palabras—. Y de usted... señor Rochester...

Sonrió Rochester interiormente. La tristeza de la muchacha era para él una garantía. Continuó, para probarla hasta el fin:

—Sí, Jane, está muy lejos... y cuando usted esté allí, seguramente ya nunca más volveremos a vernos... La vida nos separará... El vendaval de nuestras existencias soplará rumbos distintos y cada vez estaremos más lejos el uno del otro... Hemos sido muy buenos amigos, ¿verdad, Jane?

—Sí, señor.

—Hasta los buenos amigos se ven forzados a separarse...

Habían llegado, caminando lentamente, hasta el fondo del gran patio donde un banco de piedra les ofrecía la blancura de su reposo.

—Aprovechemos sabiamente el poco tiempo que nos queda de estar juntos... Sentémonos aquí, en paz, olvidados de las penas y las miserias de la vida... aun cuando estemos destinados a separarnos para no vernos jamás...

La hizo sentar a su lado y la miró largamente, a lo más hondo

de aquellos ojos que le producían un dulce bienestar.

—Algunas veces experimento hacia usted un extraño sentimiento—dijo Rochester, tras un corto silencio—. Sobre todo cuando estamos juntos, como ahora. Es como si en el lado izquierdo de mi pecho, a esa altura donde dicen que tenemos el corazón, una cuerda vibrara al mismo ritmo que otra que usted tuviese en análogo lugar, y se uniera de un modo invisible a la mía... Y si ese endiablado canal y doscientas millas de tierra van a separarnos, temo que ese lazo que nos une se rompa... Por lo que respecta a mí, estoy seguro de que esa rotura va a producirme una incontenible hemorragia... En cuanto a usted... quizá me olvide...

—Yo nunca, señor—le interrumpió Jane, vivamente—. Nunca le olvidaré, y usted sabe bien que así será... Comprendo que es necesario que me marche... pero lo comprendo del mismo modo que comprendo que un día tengo que morir...

—Pero... ¿dónde ha visto usted esa necesidad de marcharse?

—Su novia me lo ha mostrado.

—¿Mi novia? ¿Qué novia? ¡Yo no tengo novia!—gritó Rochester.

—Pero puede tenerla...

—¡Claro que puedo!—afirmó él, convencido.

—¿Y cree que yo podría continuar aquí... viendo que ya no soy nada para usted.. que ya no le hago falta?... ¿Cree usted que porque soy pobre, y obscura y camino a solas por la vida, no tengo ni alma ni corazón? ¡Tengo tanta alma como usted... y desde luego, mucho más corazón! Y si Dios me hubiese dado belleza y riquezas, le sería a usted tan amargo separarse de mí como me lo es a mí separarme de usted... ¡Ya está dicho! ¡Una vez más he sido demasiado sincera y he dejado hablar a mi corazón!... ¡Ahora déjeme marcharme!

Se levantó, tratando de huir, pero Rochester la detuvo:

—¡Jane!... ¡Jane!... Ven aquí, mujercita extraña... chiquilla extraordinaria... ven aquí, criatura a la que amo más que a mi propia sangre...

—No se burle de mí — suplicó Jane, en tono infantil y mimoso.

—Nunca he estado enamorado de Blanca... Es a ti a quien, quiero... Es de ti de quien espero una respuesta afirmativa... Dime, Jane, dime... de prisa... ¿quieres casarte conmigo?

—Necesito ver tu rostro, mirar tus ojos, creer en tus palabras... — murmuró Jane, desfallecida de amor.

—Contesta, Jane... Dime en se-

guida: Eduardo, quiero casarme contigo... Vamos, repite estas palabras — apremiaba Rochester, estrechando sobre su corazón el cuerpo frágil de aquella criatura que estaba toda entregada a él en aquel momento maravilloso y sublime.

—Eduardo... quiero casarme contigo—repitió la voz de Jane en un susurro, de labio a labio, en un beso apenas iniciado que era como el sello de aquel amor que les unía.

Una ráfaga de viento les azotó y en el cielo brilló un relámpago. Rochester miró a lo alto y murmuró para sí:

—¡Que Dios me perdone!

Todas las dudas, todas las vacilaciones, todos los temores, todos los presentimientos que habían atormentado a Jane durante días y días, se desvanecieron. Amaba y era amada. La vida estaba, desde aquel momento, llena de luz. El maravilloso brillo del amor lo llenaba todo...

* * *

—¿Qué haremos hoy?—preguntó Rochester.

—Voy a dar la lección a Adela, como de costumbre — contestó la voz de Jane, serena y dulce como

siempre, pero en la que vibraba la alegría del despertar amoroso.

—¡Como de costumbre! ¡Como de costumbre! ¡Se ha abierto el cielo y la tierra se ha transformado... y tú vas a dar la lección a Adela, como de costumbre! — rió Rochester, abrazando a su novia.

—¿Qué hay de malo en que mademoiselle me dé hoy la lección?—preguntó Adela, sin comprender.

—No hay nada de malo, señorita... Pero el caso es que me voy a casar con mademoiselle y me llevaré a mademoiselle a la luna... y viviremos los dos en una de sus blancas cavernas, en sus valles encantados... Todo lo cual quiere decir que mademoiselle vivirá aquí siempre, siempre con nosotros... ¿Qué te parece?

—Que... que nunca pensé que pudiera usted casarse con nadie más que con la señora Fairfax... — replicó la niña, en su candorosa ingenuidad.

Rochester soltó una carcajada y volvió a abrazar a Jane.

Los preparativos de boda se hicieron rápidamente. A Rochester le urgía casarse y se le hacía largo el tiempo que le separaba del día fijado para la ceremonia. Compraba los mejores trajes para su futura esposa; todo le parecía poco para ella; y no hacía caso al-

guno a las observaciones de Jane, cuyos gustos sencillos se avenían mal con todo aquel despilfarro de sedas y encajes, de joyas y plumas con que su prometido la obsequiaba a cada hora.

La ceremonia iba a celebrarse en la pequeña iglesia del pueblo, sin ostentación ninguna. El amor de Rochester era demasiado grande para ser exhibido y quería una cosa recogida e íntima en la que pudiera expansionarse tranquilamente su corazón.

* * *

Esperaban a los novios, a la puerta de la iglesia, todas las gentes sencillas del pueblo, que vitorearon a la encantadora novia, cuyo vestido blanco la envolvía como en una nube de castidad y de pudor. Jane sonreía bajo sus velos y pensaba que jamás hubiera podido soñar en una felicidad tan grande como la que experimentaba en aquel día glorioso en que iba a ser bendecido su amor, en que iba a convertirse en la señora de Rochester y podría ser para él una esposa amante que tejiera en torno suyo la tela de la felicidad.

Ante el altar, adornado con flo-

un niño, estaba lejos de mi patria y de todo cariño. Me casé con ella. Fui un loco yo también... Estuve ciego... Me casé con ella... Jane, escúchame, por favor... He sufrido todas las agonías que puede sufrir un hombre unido a una mujer así, una mujer que no era ni pura, ni prudente, ni honesta. Fui siguiendo todo el proceso de su enfermedad, hasta verla en el estado en que está hoy. Entonces la traje a Inglaterra y le habilité esa parte de Thornfield donde está encerrada, al cuidado de Gracia Poole... Jane, ya ves que hice por ella todo lo que Dios y los hombres podían exigirme. Luego huí de aquí, para olvidar toda mi desgracia. Mi único deseo era encontrar una mujer a la que pudiera amar y que me amase, una mujer que fuera toda feminidad, y no una furia del averno, como la que era mi esposa. ¿Y qué fué lo que hallé?... Una bailarina francesa... una modistilla vienesa... una condesa napolitana muy aficionada a las joyas... ¡y nada más! Y volví a Inglaterra, y me vine a Thornfield. Alguien salió a mi paso, iluminada por la luz de la luna... una criatura menuda, fina, suave, como si fuera el duende de los campos o la sílfide de la noche... Asustó a mi caballo... y luego se acercó a mí para ayudarme. Deseé

que aquella mano cariñosa que se me tendía me ayudara a levantarme... y me ayudó... me ayudó no sólo en aquel momento, sino que me ayudó a encontrar de nuevo a mi yo moral, a levantarlo del cieno en que estaba hundido, a hacerme hombre de nuevo. ¿Te acuerdas de aquella noche, Jane? Dime... ¿te acuerdas?

—Sí, me acuerdo... — murmuró Jane, haciendo inenarrables esfuerzos por no romper a llorar.

—Viniste hasta esta habitación, tímida y vergonzosa, y, sin embargo, contestaste con sinceridad y valentía a todas mis preguntas. Luego me sonreíste... y desde aquel momento comprendí que estaba enamorado de ti. Jane, ¿no me perdonarás nunca?

—Te perdono desde ahora — replicó Jane, porque había tan profundo remordimiento en los ojos de Rochester, tan sincera amargura en su acento, que sintió hacia él una enorme compasión y, sobre todo, un amor tan grande, tan hondo, tan intenso que les unía, que comprendió que aquel lazo no podría ser roto jamás. Y por eso le perdonaba; porque el amor es generoso y sabe siempre comprender y perdonar.

—Y... ¿sigues amándome? — imploró Rochester.

—Te amo con todo mi corazón... Te lo puedo decir, porque ésta es la última vez que te lo diré, Eduardo.

—¿Quieres decir que... que te marchas... y que tú seguirás en la vida un camino... y dejarás que yo siga otro? ¡Quédate conmigo, Jane!—suplicó—. No hacemos mal a nadie con nuestro amor...

—Nos haríamos daño a nosotros mismos—replicó ella.

—¿Tan malo es quererme, Jane? ¿Te vas?—preguntó, viendo que la joven seguía su marcha, sin volver la cabeza.

—Sí, me voy...

—¿No quieres ser mi consuelo, mi amparo? ¿No te conmueve mi desesperación? ¿No es para ti nada ese amor tan grande que hacia ti siento?

—Que Dios te bendiga... Que Dios te proteja y te libre de todo mal — murmuró Jane, abriendo la puerta; y, sin volver el rostro, reconcentrando en su espíritu toda su fuerza, salió de aquella casa, camino de lo desconocido.

* * *

No tenía rumbo fijo, no sabía dónde ir. Como carecía de certificados de referencia, no podía so-

licitar ningún empleo. Marchó por los caminos como un paria. Abandonada, sola, sin fuerzas para luchar con la vida, conoció el hambre y el desprecio, hasta que los recuerdos de su infancia la llevaron de nuevo a casa de su tía, la señora Reed.

Entró por la puerta que daba a la cocina, y reconoció en seguida a Bessie, que estaba lavando los platos.

—¡Bessie! — exclamó Jane, sintiéndose confortada a la vista de un rostro amable.

—Sí, soy yo—replicó Bessie, sin reconocerla—. Pero si viene en busca de trabajo lamento decirle que no tengo trabajo alguno que darle... ¡Oh, pero está usted cansadísima! —añadió, reparando en el aspecto derrengado y miserable de la muchacha—. Venga, siéntese cerca del fuego y descanse un poco. Está usted agotada.

De pronto se dió cuenta del broche que Jane llevaba siempre prendido en su pecho, aquel broche que ella le había regalado la noche en que la llevaron a Lowood, y le preguntó, con la voz estrangulada por la emoción:

—¿De... de dónde ha sacado usted ese... ese broche?

—Usted misma me lo regaló, Bessie, ¿no se acuerda?

—¡Jane!... ¡Jane Eyre! — exclamó la pobre mujer, deshecha en llanto, abrazando repetidamente a la joven y llenándole el rostro de besos y lágrimas—. ¡Cómo ha crecido y qué delgada está! Cuando se marchó de aquí era así de chiquita... no levantaba más que este bastón... ¡Oh, señorita Jane, la Providencia la ha traído aquí! La señora Reed está muy enferma.

—¡Oh, no le diga a mi tía que estoy aquí... ni a mi primo tampoco!—suplicó Jane.

—Su primo no está aquí desde hace mucho tiempo—replicó la fiel criada—. En cuanto fué mayor se marchó a vivir a Londres, y allí llevó una vida de crápula, jugando todo el dinero que la señora le mandaba. La señora tuvo que cerrar una parte de la casa y despedir al servicio. Ahora sólo quedo yo. Por fin, este verano pasado, el señorito se suicidó. Le encontraron ahorcado en su habitación. Cuando la señora se enteró de la desgracia, creí que se volvía loca. Y desde entonces su cerebro no marcha demasiado bien.

Jane, sin pronunciar palabra, siguió a Bessie, que acudía a la insistente llamada de la señora Reed, que estaba postrada en el lecho, aniquilada por las penas de la vida.

—¿Quién es usted?... ¡Márchese!

¡Mírchese!—gruñó, al ver un rostro desconocido junto a ella.

Jane le sonrió. Su alma estaba tan dolida, tan aniquilada por sus propias penas, que se sentía más compenetrada con aquella desdichada madre que había sufrido tan rudo golpe:

—Soy yo, tía, soy Jane Eyre...

—¡Oh, Jane... no me dejes! ¡No me dejes!—sollozó la señora Reed, abrazando a su sobrina.

—No la dejaré, tía. Ahora he venido para quedarme a su lado para siempre. La cuidaré como si fuera su verdadera hija. Tranquilícese... no me marcharé—murmuraba Jane, procurando sosegar a la desdichada.

Unos días más tarde, Bessie anunció a Jane que un caballero quería hablar con la señora Reed y que como ella le había dicho que la señora no podía recibirle, insistía en hablar con alguien de la familia.

—¡Pero es que yo no quiero ver a nadie! ¡Nadie sabe que estoy aquí! ¡Nadie puede preguntar por mí!—murmuró Jane, resistiéndose a recibir visita alguna.

—Señorita Eyre, le ruego que vaya al salón. No puede usted vivir encerrada en sí misma, sin tratar a persona alguna. Vaya al sa-

lón, yo haré compañía a la señora. Vaya...

Jane se dejó convencer y bajó. Al entrar en el salón el corazón le dió un vuelco: ante ella estaba el doctor Rivers, aquel gran amigo suyo de la infancia, un doctor Rivers encanecido, avejentado, pero dulce, comprensivo y bueno como lo era en su juventud.

—¡Jane!—exclamó el médico al verla, reconociéndola en el acto.

—¿Cómo sabía que estaba yo aquí? — preguntó ella, tendiéndole las dos manos con la misma cordialidad con que lo hacía cuando era niña y estaba en Lowood.

—No lo sabía, pero te buscaba, Jane. Hace pocos días recibí una carta en la que me pedían una amplia información. ¿Por qué has estado tan poco tiempo en el empleo que te buscaste para salir de Lowood? ¿No te gustaba? ¿Qué ha ocurrido?

—Era absolutamente necesario que me marchara de allí—contestó Jane, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Perdóname. No quiero ser indiscreto. Eso es asunto tuyo únicamente. Sin embargo, me veo obligado a informarte de lo que me dice esta carta. Me la mandó un abogado de Millcote. Me escribe a mí porque tú diste mi nombre cuan-

do solicitaste el empleo en Thornfield para que yo diera referencias tuyas. Thornfield creo que está cerca de Millcote, ¿no? Un cliente de este abogado le ha rogado que hiciera indagaciones acerca de dónde podrías tú encontrarte. ¿No sabes a quién puede interesar tu paradero, Jane?—preguntó el doctor Rivers mirando a aquella criatura en cuya alma leía como si fuera un libro sin secretos.

Jane no contestó. Lloraba dulcemente. El doctor Rivers la dejó llorar, como hizo el día en que enterraron a su amiguita, la dulce Elena, en el cementerio de la aldea. Luego le dijo con acento lleno de simpatía y paternal bondad:

—Si no quieres hablar más de este asunto, Jane, tampoco yo quiero saber nada más.

—Gracias, doctor Rivers.

—¿Qué quieres que le diga? ¿O prefieres que no conteste nada?

Jane permaneció en silencio, en un silencio tan elocuente que el doctor Rivers cogió la carta y la arrojó al fuego de la chimenea, que la devoró entre sus llamas en breves instantes. Aquella historia, para él, quedaba allí sepultada, en las cenizas de los leños centenarios, entre las que el insignificante papel se perdía como se pierde una

pena en el oleaje tempestuoso de la vida.

* * *

Pasaron las semanas y transcurrieron algunos meses en la quietud que Gateshead Hall ofrecía al atormentado corazón de Jane.

Una noche, una de las múltiples noches en que Jane, desvelada por sus recuerdos y por su creciente amor, estaba asomada a la ventana de su cuarto, perdida en el mar de sus meditaciones, le pareció escuchar allí, al lado de ella, la voz angustiosa y anhelante de Rochester que la llamaba, como si pidiera auxilio:

—¡Jane!... ¡Jane!... ¡Jane!...

Le pareció un presentimiento. Eduardo la necesitaba. Estaba segura de ello. No vaciló en emprender el viaje y volver a Thornfield. La arrastraba allá su corazón, y con su corazón el amor que era toda su vida.

Aquel grito llegado de lejos le pareció el grito de un alma en pena que pidiera urgente socorro. Y cuando llegó a Thornfield y encontró la casa medio en ruinas, devorada por un incendio, comprendió

que su corazón no la había engañado.

Fué la señora Fairfax la que le explicó lo ocurrido:

—Ella... ella'incendió la casa—le decía, temblando aún al recuerdo de aquella tragedia—. Mató a Grace Poole mientras dormía, pudo así salir de su guarida y prendió fuego en el caserón, siguiendo sus instintos criminales. Fué su risa, que resonó en la galería como algo siniestro, lo que me despertó. Corrí al cuarto de Adela para salvarla, la envolví en un chal y salí con ella, desesperadamente, al patio, antes de que las llamas me cerraran la salida. Allí volví a escuchar la risa siniestra de la loca. Estaba en lo más alto del tejado, agitando una antorcha y riéndose con su infernal carcajada. El señor Rochester también la vió y corrió a salvarla, sin decir ni una palabra, desafiando el peligro. El humo no nos dejaba ver nada. Las llamas iban tomando cada vez mayor incremento. De pronto vimos al señor Rochester de pie detrás de la pobre loca, intentando cogerla entre sus brazos, pero cuando ella se dió cuenta de que quería salvarla, lanzando un grito salvaje, se arrojó en medio de las llamas y cayó casi a nuestros pies, desde lo más alto del edificio. ¡Estaba muerta, muerta!

—¿Y el señor Rochester?—preguntó Jane, que había seguido el relato con creciente interés.

—La escalera principal se derrumbó cuando iba a descender por ella...

La señora Fairfax se interrumpió. En aquel momento entraba en el ruinoso patio, Rochester, enflaquecido, macilento, ciego, guiando sus pasos con un bastón. Jane tuvo que hacer un sobrehumano esfuerzo para no lanzar un grito de angustia y arrojarse a su cuello.

—Señora Fairfax—dijo Rochester, deteniéndose en medio del patio—. ¿Qué está usted haciendo? Adela espera la cena.

—Sí, señor—murmuró la señora Fairfax, mirando a Jane con angustia.

"Pilot", que acompañaba a su amo, como siempre, ladraba alegremente en torno a Jane, a la que había reconocido.

—¿Quién está aquí?—preguntó Rochester, con desvanecida energía—. ¿Quién está aquí?—volvió a preguntar, al no escuchar respuesta alguna, teniendo la sensación de que alguien más que la señora Fairfax le estaba mirando.

—Soy yo, señor, que he regresado—murmuró Jane. Pero dejando desbordar sus sentimientos, se echó en sus brazos sollozando:

—¡Eduardo!... ¡Eduardo!...

—¿Eh? ¡Dios mío!

Rochester, temblando de emoción, la acariciaba en silencio; la iba acariciando, como si tuviera miedo de acariciar a una visión y fuera a desvanecerse a su contacto.

—Son sus mismos dedos... sus dedos suaves, finos, pequeños... Su pelo sedoso... Su rostro diminuto como una flor...

—...y es su mismo corazón el que viene a tu encuentro, Eduardo —concluyó Jane, abrazándole estrechamente.

—¡Jane!... Todo lo que ahora puedas sentir por mí no será más que piedad... ¡Yo no quiero tu piedad, Jane, no, no la quiero!—dijo Rochester, apartándose unos pasos de ella.

—¡Eduardo! — reprochó Jane, con ternura.

—No puedes pasar el resto de tu vida al lado del más desdichado de los hombres... Eres joven, eres como una flor que comienza a abrir sus pétalos. Puedes casarte con un hombre que sea digno de ti...

—¡Oh, no me rechaces... por favor... no me rechaces! — suplicó Jane—. ¡No dejes que me marche otra vez!

—¿Y crees que yo podría dejar-

A L M A R E B E L D E

te marchar? ; Ahora que te he recuperado! ; Ah, Jane!...

Fué él quien la estrechó entonces contra sí en un abrazo frenético, desesperado en el que iba todo el dolor sufrido mezclado a todas las promesas de un futuro feliz.

* * *

Se casaron... Fué una boda sencilla, íntima.

Eduardo estuvo ciego durante algunos meses, pero luego, con la ayuda de Dios iluminando a la ciencia, la luz volvió a sus ojos. Ya el cielo no estaba en sombras para él, ni estaba vacía la tierra de co-

lores. Pudo de nuevo contemplar los amaneceres gloriosos y las suavidades de la campiña invadida por la luz de la luna, y recrearse en la magnífica presencia del lucero de la tarde.

Ninguna mujer estuvo jamás tan unida a la vida de su esposo, como lo estuvo Jane Eyre; fué carne de su carne y alma de su alma y supo llenar su vida con aquella inagotable fuente de ternura que brotaba de su corazón, puro, recto, limpio y noble que era el que la había llevado siempre, a través de la vida, defendiéndola de todas sus maldades y elevándola por encima de todas las miserias humanas que habían querido herirla y mancharla, sin haberlo logrado nunca.

F I N

Exito cumbre:

LA CANCION DE BERNADETTE



Cubierta T. G. J. SOLER
Providencia, 60 - Barcelona